LUCHADORES DEL ESPACIO

LUCHA A MUERTE



POR GEORGE H. WHITE

Lucha a muerte entre dos pueblos hermanos, ambos surgidos de una misma familia y, no obstante, separados por un abismo de siglos y una distinta concepción de la vida.

El fabuloso autoplaneta “Valera” regresa a Redención, tras largos milenios de ausencia, para encontrar en este planeta una humanidad superadelantada que ha caído en la aberración y la egolatría.

¿Quién podrá imaginar de lo que es capaz la criatura humana al alcanzar la más alta meta de su portentoso desarrollo?



George H. White

Lucha a muerte

La saga de los Aznar - 30

ePub r1.0
Titivillus 22.07.15

Título original: *Lucha a muerte*
George H. White, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



LUCHA A MUERTE

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

CON el ceño fruncido, Miguel Ángel Aznar observaba las manipulaciones de la doctora Castillo sobre la paciente.

—Nada de importancia, doña Irene —aseguró la doctora volviendo su estetoscopio a la pequeña maleta del instrumental—. Su corazón todavía puede pistonear muchos años si se cuida.

Doña Irene Polaris de Aznar agradeció con una sonrisa las palabras de aliento de la doctora y procedió a abrocharse el camisón mientras su hijo salía acompañando a la señora Castillo.

—¿De verdad no es de cuidado lo de mamá? —preguntó Miguel Ángel al llegar al salón.

—No voy a engañarle, Almirante. Su madre se encuentra bastante mal, cosa que no es nueva de ahora, sino que ha venido agravándose de año en año, como era de esperar. Su madre debería aceptar el auxilio de la Ciencia y permitir que se le implantara un corazón artificial.

—Usted dijo la última vez que no era cosa del corazón, sino del

sistema circulatorio.

—También el corazón forma parte del sistema circulatorio, ¿o no es así? Si las arterias se endurecen, o se estrechan, el corazón tendrá que trabajar más para impulsar la sangre y se fatigará antes. Un corazón mecánico tal no haría más que enmascarar el problema, sin llegar a solucionarlo por completo. Pero prolongaría la vida de su madre por algún tiempo.

—Bueno, usted ya sabe lo que piensa mi madre acerca de la sustitución de órganos, sobre todo cuando se trata de órganos vitales como el corazón, los pulmones, los riñones o el hígado. Admite que sea utilizado por otros, pero no por ella. Dice que su corazón es su corazón, y que si le ponen uno de hojalata dejará de ser la persona que es.

—Conozco su punto de vista, hace tiempo que vengo luchando porque acepte uno de esos corazones de hojalata, tan seguros, aunque no resulten nada románticos… En fin, si la Medicina no puede hacer nada, es cosa de ustedes, de la familia, procurar no causarle penas ni disgustos.

—¡Bah! Nuestra familia está muy bien avenida —dijo Miguel Ángel echándose a reír—. En otros tiempos era yo quien proporcionaba a mamá el noventa y cinco por ciento de sus disgustos. Pero eso ya quedó lejos. Cuente que ahora tengo ochenta y cuatro años… y va siendo natural que se imponga cierta seriedad en los modales de uno.

La doctora Castillo se echó a reír. ¡Vaya si conocía ella las truculencias de aquel pícaro!

Con unos 15 años menos que su hermano Fidel, Miguel Ángel era la antítesis física y temperamental del actual Almirante Mayor del autoplaneta “Valera” y de las Fuerzas Expedicionarias Valeranas.

Rubio, de ojos azules, de mediana estatura y constitución engañosamente débil, Miguel Ángel se apartaba de la línea de los hombres extraordinariamente altos y pelinegros que eran tradicionales en la familia.

Doña Irene Polaris había encontrado sin duda mayores motivos de satisfacción en aquel sensato Fidel que a los 45 años era ascendido a Almirante mayor de la Armada Sideral. En cambio, era a Miguel Ángel a quien doña Irene amaba más, tal vez por las

mismas incontables preocupaciones y disgustos que le había proporcionado desde la infancia.

La popularidad de Miguel Ángel competía y aún superaba en muchos aspectos a la de su hermano. En “Valera” todos habían reído sus travesuras y los innumerables líos en que siempre andaba metido. Dos veces le habían expulsado de la Academia Astronáutica de Arcángel. Una vez le degradaron al grado inmediato inferior. Y ya se habían perdido de cuenta las veces que su padre y su hermano tuvieron que interceder para aplacar las justificadas iras de algún irascible almirante, soliviantado contra aquel indisciplinado e insolente oficialillo.

Aun hoy día, ascendido a almirante, eran famosas sus salidas y su peregrina opinión acerca de la disciplina. ¡Claro que ya no era lo mismo! Sin embargo, y ateniéndose a aquello de “genio y figura hasta la sepultura”, todavía había ocasiones en que surgían a su superficial y forzada seriedad estallidos de humor semejantes a erupciones volcánicas. Por esto reía la doctora Castillo al hablarle el almirante de la formalidad de sus 84 años.

Miguel Ángel invitó a la doctora a tomar un ponche de su invención. Salieron a la terraza. La casa, una encantadora “villa” encaramada al borde de un precipicio de los Cárpatos valeranos, era hoy con más razón que nunca un “remanso de paz” en la agitada vida de aquel mundo encerrado en el interior hueco de “Valera”.

“Valera”, el fabuloso autoplaneta campeón de la Cristiandad, vivía uno de los momentos más jubilosos de su Historia. “Valera”, después de varios milenios de ausencia, habíase reintegrado al fin a la órbita del sistema solar de donde un día le arrancó el ingenio y la audacia del hombre.

“Valera” acababa de regresar a Redención.

Con este motivo reinaba a bordo del autoplaneta extraordinaria animación. Las cuarenta ciudades mayores del planetillo y los innumerables pueblos de su exótica geografía, bullían de redentores que en número de varios millones llegaban cada día con ánimos de practicar el turismo en este mundo de leyenda, que sólo conocían a través de relatos y documentales que databan de millares de años.

Los valeranos, a su vez, se apretujaban en los grandes transportes del ejército para salvar los 50 millones de kilómetros que les separaban del planeta Redención. Porque así como los

superadelantados redentores venían a sorprenderse del poético atraso con que se vivía en “Valera”, los valeranos iban a Redención dispuestos a maravillarse de los prodigiosos adelantos de un pueblo hermano cuya civilización les había adelantado en muchos siglos.

Dos días atrás, el propio Almirante mayor de “Valera”, con su esposa e hijos y el pleno del Estado Mayor General, había embarcado en un “disco volante” de la Armada Sideral para, invitados por el Gobierno Federal, visitar aquel gigantesco planeta.

El viaje del Almirante mayor y la afluencia de forasteros de los últimos días era el tema de conversación de la doctora Castillo y Miguel Ángel Aznar mientras tomaban el ponche en la terraza, cómodamente recostados en los ligeros sillones de materia plástica.

—Nuevo Madrid da asco tal y como está ahora —gruñía Miguel Ángel Aznar—. Mira usted desde el Palacio Residencial a la Plaza de España y no ve otra cosa que calvas mondas y lirondas. Todo está lleno de esos absurdos redentores cabezudos y pernicortos.

Miguel Ángel aludía así a la gran proporción de calvos que existía entre el pueblo redentor. Éste, durante los milenios que llevaba adaptándose al planeta, desde las remotas edades en que llegaron a Redención los primeros terrícolas, había aumentado en un 10 por ciento el volumen del cráneo, en tanto disminuía la estatura media de sus individuos.

La tendencia a la calvicie prematura, no obstante, así como el desarrollo anormal de sus cabezas, no tenían nada que ver con las fuerzas de gravedad que actuaban sobre todas las cosas situadas en la superficie de Redención.

Lo que ocurría era que los redentores, a fuer de prosperar e insistir en el estudio, eran unos intelectuales talentudos desde la cuna. Era por lo visto por esta causa por lo que su masa encefálica se había desarrollado más que el resto de sus desmedrados cuerpos.

—No esperaba encontrarle a usted aquí —dijo después de un rato de charla la doctora Castillo—. Le hacía en Redención en compañía de sus hermanos y de sus colegas los almirantes del Estado Mayor General.

—¡Psché! —hizo Miguel Ángel despectivamente—. Alguien tenía que quedarse al cuidado de esta jaula de grillos. Fidel me endosó la comandatura del autoplaneta por todo lo que dure su ausencia.

—¿No siente curiosidad por ir a Redención y ver cuánto han

progresado nuestros parientes los redentores?

—No mucha, la verdad. Tengo para mí que los redentores han evolucionado demasiado desde la última vez que estuvimos aquí.

—Querrá decir desde la última vez que estuvieron aquí nuestros antepasados —corrigió la doctora con una sonrisa.

—Yo siempre digo "nosotros" al referirme a los valeranos, tanto si hablo de los valeranos de hoy como de los de hace un par de siglos. Al fin y al cabo, no está tan lejano el día que uno de mis ascendientes, junto con otros ascendientes de usted misma, le pusieron motores atómicos a "Valera" y lo arrancaron de la órbita que durante milenios había estado siguiendo alrededor de este mismo sol que ahora alumbra por afuera.

—Sí, eso es cierto —admitió la doctora Castillo—. La Historia de "Valera" es relativamente moderna, en tanto que la de los redentores es ya antiquísima. Redentores y valeranos fuimos todos unos hace tiempo. Pero cada vez que los valeranos hacíamos un viaje de ida y vuelta desde la Tierra a Nahum, aquí transcurrían mil quinientos años aproximadamente.

—Lo cual quiere decir que habiendo hecho dos viajes a Nahum y uno desde aquí a la Tierra y regreso, en Redención han transcurrido cuatro mil ochocientos treinta y dos años desde la última vez que "Valera" visitó estos planetas. Es mucho tiempo para una raza de tan rápido desarrollo como la nuestra. Esos siglos que nos separan de los redentores es un abismo que ni siquiera los mejores deseos de confraternidad pueden acortar. Hoy día somos tan extraños unos a otros como si nunca hubiéramos pertenecido a la misma familia terrícola. Por eso decía hace poco que no siento gran curiosidad por ver lo que nuestros amigos han progresado en estos años. Nosotros los valeranos, no podemos sentir admiración por un progreso que no estamos en condiciones de comprender. ¿No le parece?

La doctora hizo un ademán que, más que asentimiento, implicaba deseos de no enzarzarse en una discusión con aquel amigo tan firme en sus opiniones.

La doctora Castillo, que había ayudado a Miguel Ángel Aznar a llegar a este mundo, conocía demasiado bien al almirante. Sabía que uno de los pasatiempos favoritos de Miguel Ángel era emprender una discusión cualquiera… "y ganarla sin tener razón". Así que eludió entablar combate dialéctico con aquel impenitente

charlatán, campeón de discusiones absurdas.

—Creo que voy a tener que marcharme —dijo la señora Castillo amagando un bostezo y mirando al cielo. Exclamó—: ¡Hola! Parece que tienen ustedes visita.

Miguel Ángel levantó los ojos siguiendo la dirección de la mirada de la doctora y vio una navecilla aérea que estaba descendiendo verticalmente sobre la casa.

—¡Con tal que no sean redentores! —farfulló Miguel Ángel poniéndose en pie al mismo tiempo que la doctora—. Esos fisgones son capaces de meterse en cualquier sitio.

La señora Castillo echó a andar hacia su "aerofalúa" particular, la cual estaba posada en la ancha terraza junto a la cromada "falúa" del almirante.

—Recuerde las instrucciones que le he dado acerca de doña Irene. Nada de disgustos, sobresaltos ni emociones fuertes. ¿Entendido?

—Parece que lo dice usted con cierto retintín —gruñó Miguel Ángel—. Tal vez le convenga saber que hace más de un año que no me peleo con nadie de la familia, a excepción de mi hermano Fidel. Y ése no se acalora por nada.

—¡Ya…, ya! —rió la doctora abriendo la portezuela de su aeronave y echando sobre el asiento su maletín de instrumental. Y miró a la "aerofalúa" de la Armada Sideral que en aquellos momentos tomaba tierra a veinte pasos de distancia.

—Es el vicealmirante Mapleton —dijo Miguel Ángel al ver el rostro del piloto tras los transparentes de la cabina—. ¿Qué querrá?

Mapleton, que era una especie de torre humana coronada por una llamativa cabellera roja, venía acompañado de una muchachita pelinegra que ocupaba el asiento contiguo al suyo.

Mapleton abrió la portezuela y echó sus largas piernas al suelo, acercándose a grandes zancadas a donde estaban Miguel Ángel Aznar y la doctora Castillo.

—Hola, Juan —saludó Miguel Ángel estrechando la manaza del gigante y estirando el cuello para mirar a la muchacha que se apeaba de la navecilla y se acercaba tímidamente—. ¿Qué le trae por aquí? Seguramente conoce a la doctora Castillo.

Mapleton estrechó la mano de la famosa facultativa y se volvió para hacer una seña a la muchacha que le acompañaba.

—Le presento a la señorita Hilda Clover. Es una redentora.

—¿Así que redentora? —exclamó Miguel Ángel mirándola con un mundo de malicia en sus azules pupilas—. ¿Y qué hay de su pelo, es realmente auténtico o lleva bisoñé?

La joven redentora miró al almirante con sus húmedas y aterciopeladas pupilas dilatadas de estupor.

La doctora Castillo medió diciendo:

—Recuerde que no todos los redentores son calvos y cabezudos. Mezclados con ellos están los terrícolas, venusinos y marcianos que llegaron aquí huyendo de los hombres de Titanio y no han sido afectados todavía en forma visible por la climatología y la fuerza de gravedad de estos planetas. La señorita es probablemente una descendiente de los exiliados terrícolas.

—¿Es cierto eso? —preguntó Miguel Ángel a la muchacha.

—Sí. Mis antepasados eran terrícolas de los que llegaron aquí huyendo de los “sadritas”.

—La señorita Clover tiene algo muy importante que decir —aseguró el vicealmirante Mapleton—. Cree que nuestro Almirante Mayor, su hermano de usted, y toda su familia y los millones de valeranos que se han trasladado a Redención van a caer prisioneros de los “eternos”.

Miguel Ángel miró atónito de Mapleton a la señorita Clover.

—¿Qué tonterías son esas? ¿Quiénes son los “eternos”, y por qué van a coger prisioneros a mi hermano y a los demás que iban con él?

Las correctas facciones del vicealmirante Mapleton expresaron ahora todo el desconcierto y el temor que sentía.

—Quizá fuera mejor que lo contara usted misma, señorita Clover —dijo a la muchacha.

La muchacha contestó:

—Los “eternos”, a quien llamamos también los “muertos”, son aquellos que, al llegar a una edad avanzada, hicieron extraer sus cerebros de sus cuerpos para alojarlos en el cráneo de unos muñecos electrónicos en donde moran y siguen viviendo disfrutando de una ilusoria eternidad. Ellos, los “eternos”, son quienes han engañado al Almirante Mayor atrayéndolo a Redención para capturarle y…

—¡Eh…, alto…, alto! —dijo Miguel Ángel levantando una mano —. Repita eso que acaba de decir. ¿He oído algo acerca de unos

hombres que hacen trasladar sus cerebros a la cabeza de un "robot" para vivir en ella tan lindamente?

La señorita Clover le miró asintiendo y Miguel Ángel exclamó:

—¿Es esto una broma, o está loca?

—Le cuento la pura verdad, almirante Aznar —repuso la joven sin perder un ápice de su sorprendente ecuanimidad—. Ningún "eterno" se ha dejado ver de los valeranos, ni se ha mencionado su existencia en los programas de radio y televisión. Sin embargo, los "eternos" existen. Ellos forman el 80 por cien de la población total de los planetas Solima y Redención.

Miguel Ángel Aznar miró reprobadoramente al vicealmirante Mapleton. Éste hizo una mueca violenta y se excusó.

—Ya me temía que usted no creería en esta fantástica historia. Por eso pensé que sería mejor traer la chica.

—Juan, ¿pero es que tú has creído una sola palabra de esta paparrucha?

El vicealmirante Mapleton se encogió de hombros.

—¡Bueno! No es que me haya tragado entera la bola. Sin embargo, hay algo…

—¿Qué?

—Las armas que trajo esta muchacha.

—¿Qué armas?

El vicealmirante Mapleton señaló a la falúa.

—Las he traído conmigo, aunque en realidad dejaron de tener interés una vez metamorfoseadas. La señorita Clover traía una armadura de vacío completa, un fusil eléctrico y una pistola atómica…, todo debidamente reducido de tamaño y metido en un pequeño estuche de cristal. Según la señorita Clover, todos los redentores que tenemos a bordo de "Valera" han venido armados de igual forma…, su propósito, al parecer, es dar un golpe de mano contra la Sala de Control y apoderarse por sorpresa del autoplaneta.

—¡Qué disparate! ¿Por qué habían de querer apoderarse los redentores de nuestro autoplaneta?

—Para que "Valera" no pueda ser utilizado contra los "muertos", señor —dijo la señorita Clover.

Miguel Ángel contempló con el ceño fruncido el pálido rostro de la joven, reafirmándose en su primer juicio. Hilda Clover era realmente una muchacha muy guapa, y nada parecía delatar en su

saludable aspecto que fuera una enferma mental.

Miguel Ángel se volvió entonces hacia la doctora Castillo.

—¿Qué me dice usted de esto, doctora? —preguntó.

El rostro de la doctora se animó.

—¿Me permite que haga algunas preguntas a esta joven? —dijo. Y sin esperar siquiera la señal de Miguel Ángel se acercó a la muchacha y le dijo—: Hábleme de esos “eternos”. ¿Existen en realidad? ¿Cómo son?

—Un “eterno” no es más que un cerebro humano introducido en la cabeza de un muñeco eléctrico perfeccionado, al cual controla a voluntad en sustitución de su propio cuerpo de carne y hueso. El procedimiento es infinitamente más complicado que el de hacer el cambio de un cerebro de un cuerpo humano a otro, pero una vez efectuado con éxito tiene enormes ventajas. Los “robots” eléctricos que tripulan los cerebros de los “eternos” son máquinas de extraordinaria precisión, construidos con aceros especiales, ligeros y de larga duración. Un cerebro humano puede servirse unos cincuenta años de su cuerpo mecánico, y cuando el “robot” se avería basta desmontar la cabeza (que no tiene prácticamente desgaste alguno) y montarla sobre otro “robot” nuevo o reconstruido. Los “muertos” esperan poder vivir así durante milenios y algunos de ellos, los más antiguos llevan en este estado alrededor de unos dos mil años.

—¿Así que hay “muertos” que llevan viviendo dos mil años dentro de la cabeza de un “robot”? —exclamó Miguel Ángel con acento de burla. Y miró a la doctora Castillo como esperando de ésta una señal que indicara el lamentable estado de juicio de la muchacha.

Pero la doctora, en vez de esto, pareció mostrar todavía mayor interés en las palabras de la señorita Clover, a la que preguntó:

—¿Cómo se comportan los cerebros dentro de las cabezas de los “robots”?

Miguel Ángel Aznar interrumpió a la doctora.

—¡Esto sí que es bueno! ¿A que resulta que usted también cree en esos “eternos”?

—Podrían existir —repuso la doctora—. Hace siglos que descubrimos que el ser humano era principalmente una perfecta máquina eléctrica. Si los científicos redentores, que nos llevan miles

de años de adelanto han encontrado la forma de alimentar a un cerebro encerrado en un recipiente hermético como la cabeza de un “robot”, no debe ser más difícil conectar sus nervios a la red eléctrica de la máquina y hacer que éste andara, se sentara, viera cuanto ocurre a su alrededor e incluso “hablara”. —La doctora Castillo se volvió hacia la muchacha y le preguntó—: ¿Hablan también los “eternos”, señorita Clover?

—Sí —contestó la muchacha.

Y Miguel Ángel protestó:

—¡No me diga que usted cree una palabra de lo que dice esta loca!

—No creo que esta joven esté más loca que usted mismo, almirante. En todo caso, sería conveniente que investigara usted acerca de la existencia de los “eternos”.

—No creo que merezca la pena molestarse —contestó Miguel Ángel con acento de exasperación—. Si esos monstruos existen, los valeranos que han ido como turistas a Solima y Redención los habrán visto y nos hablarán de ellos.

—No espere que eso ocurra, señor —dijo la señorita Clover—. A ninguno de los valeranos que han ido a Redención se les permitirá regresar a “Valera” antes que los redentores que hay a bordo del autoplaneta efectúen el golpe de mano previsto por los “eternos”.

Miguel Ángel Aznar pensó en su hermano y en sus sobrinos, los cuales deberían estar llegando a estas horas al planeta Redención. Y al hacerlo sintió que una honda inquietud se apoderaba de él.

“Bobadas y fantasías”, se dijo.

Pero no pudo alejar de sí la honda preocupación que las palabras de la señorita Clover habían logrado introducir en su mente.

—Veamos —refunfuñó mirando a la muchacha—. ¿Por qué razón cree que los “eternos” se disponen a dar un golpe de mano contra nuestro autoplaneta?

—No lo creo, señor. LO SÉ —repuso la joven enérgicamente.

—De acuerdo…, de acuerdo —refunfuñó Miguel Ángel—. Lo sabe usted, bien. Dígalo.

—Ya lo dije. Los redentores, que consideran a los valeranos como una raza enormemente atrasada y de un fanatismo religioso intransigente, temen que ustedes no acepten como moral ni

cristiano este artificioso sistema de prolongar indefinidamente la vida del hombre.

—¿Les preocupa lo que nosotros podamos pensar, no es eso?

—Lo que ocurriría cuando el autoplaneta “Valera” regresara a esta galaxia ha estado preocupando a los redentores durante siglos. Su alarma se transformó en auténtico terror cuando ustedes anunciaron que habían aplastado en Nahum a una raza que había tomado por costumbre efectuar un cambio periódico de sus cerebros a otros cuerpos jóvenes con el fin de procurarse una falsa eternidad.

—El caso de los nahumitas no era exactamente el mismo de los redentores. Aquellos habían de sacrificar constantemente millares de hombres para robarles sus cuerpos jóvenes e introducir sus cerebros en ellos dando lugar a una flagrante usurpación. Pero los redentores, los “eternos”, como dice usted, no tienen que sacrificar a nadie para poder vivir a sus expensas. Un “robot” no es una persona, sino una simple máquina.

La señorita Clover miró sorprendida al almirante Aznar.

—¿Quiere decir que aprueba usted lo que están haciendo los redentores?

—Mi querida amiga —repuso Miguel Ángel encogiéndose de hombros—. El asunto puede presentar muchos aspectos dudosos en cuanto a su moralidad, empero hay un detalle que no debemos de olvidar. El autoplaneta “Valera” depende militar y políticamente del Gobierno de Redención. El Gobierno de Redención no tiene que molestarse en tomar nuestro autoplaneta por la fuerza, ya que puede disponer de él en cualquier instante.

De nuevo la muchacha alzó sus sorprendidos ojos hasta el rostro del almirante Aznar.

—¿Dejarían ustedes que los “eternos” ocuparan a “Valera”, sabiendo que todos y cada uno de ustedes iban a ser ajusticiados a continuación?

—¿Qué está diciendo, insensata?

—Le estoy anticipando lo que va a ocurrirles en caso de ser tan tontos que dejen entrar aquí a los “eternos” y permitan que tomen el control de la Armada Sideral y el Ejército Autómata. Ellos, los “eternos” les desprecian a ustedes considerándoles unos salvajes bárbaros y primitivos.

Miguel Ángel Aznar cruzó una mirada de perplejidad con la

doctora Castillo.

—Usted…, ¿qué opina de todo esto, doctora?

La doctora Castillo miró fija y pensativamente al suelo.

—Realmente —dijo— el sistema de que se valen los redentores para alargar indefinidamente sus vidas, presenta una serie de problemas éticos de dudosa solución. El pecado de los nahumitas, con ser grave, no lo era seguramente más de lo que es el de los redentores. El nahumita, al trasladar su cerebro de su cuerpo anciano a otro joven seguía viviendo al fin en un organismo apropiado a su educación mental. Seguía sintiendo las mismas sensaciones e inquietudes que experimentaba en su anterior morada carnal. Pero un cerebro trasladado a una máquina ¿qué puede sentir en estas condiciones? No experimentará ninguna sensación humana de dolor, de gozo ni curiosidad. Jamás tendrá hambre, ni sed, ni dolor… ¡Es en verdad todo un problema!

Un instintivo sentimiento de repugnancia se adueñó de Miguel Ángel Aznar al reflexionar en el ancho campo de posibilidades que ante sus ojos abrían las palabras de la doctora Castillo.

—¿Sabe usted en qué día y hora comenzará el asalto? —preguntó a la señorita Clover.

—El ataque deberá coincidir con la llegada del Almirante Mayor a la atmósfera de Redención. La señal para las fuerzas de asalto consistirá en el súbito apagón de la lámpara solar de “Valera”.

—¡Cómo! —chilló Miguel Ángel Aznar—. ¿Es que se proponen apagar nuestro sol artificial?

La muchacha asintió con la cabeza.

—Sí. Con un proyectil cohete que ha sido introducido, reducido de tamaño y que quizá a estas horas esté preparado para ser disparado desde cualquiera de los bosques de este planetillo.

—¡Cielos! —exclamó Miguel Ángel. Y volviéndose hacia la doctora le dijo—: Voy a pedirle un favor, señora Castillo. Temo que voy a tener que marchar a Nuevo Madrid y no puedo dejar sola a mi madre. ¿Querrá usted quedarse con ella hasta que yo vuelva o envíe a alguien para sustituirla?

La doctora Castillo asintió.

—Vaya usted. Si lo que esta muchacha dice es cierto, y temo que lo sea…, nada hay tan importante como evitar que los redentores se apoderen del autoplaneta y desencadenen una matanza semejante a

la que los nahumitas efectuaron aquí la primera vez que fuimos a visitarles a su galaxia.

Miguel Ángel Aznar echó a correr hacia la falúa del vicealmirante Mapleton haciendo seña a éste y a la señorita Clover para que le siguieran.

—¡No diga nada de esto a mamá! —gritó Miguel Ángel a la doctora Castillo.

La doctora hizo un ademán tranquilizador. Medio minuto más tarde la falúa de la Armada Sideral valerana se elevaba de un brinco y viraba en redondo echando a volar como un relámpago en dirección a Nuevo Madrid.

CAPÍTULO II

El vicealmirante Mapleton empujó la palanca del acelerador y la “aerofalía” pasó sin brusquedades de la velocidad trasónica a la supersónica. Miguel Ángel Aznar se inclinó hacia el pequeño televisor del salpicadero moviendo el botón hasta la indicación “microonda”. Un momento se detuvo mirando con el ceño fruncido a su ayudante.

—¿Ocurre algo? —preguntó Mapleton.

—Estoy pensando que no tenemos en realidad ninguna prueba sobre la veracidad de la historia de esta joven. Y sin embargo, vamos a armar un estrépito de todos los diablos ordenando la movilización de nuestras fuerzas de policía y deteniendo a los redentores que hay en nuestro autoplaneta. ¿No se te ocurre que si esta jovencita nos ha contado un cuento vamos a vernos envueltos en el más bochornoso de los ridículos? ¿Qué ocurrirá si enchiqueramos a un puñado de millones de turistas amigos y luego resulta que ninguno de ellos lleva armas ni ha soñado nunca asaltar la cámara de Control del autoplaneta?

El vicealmirante Mapleton levantó los hombros.

—No sé lo que ocurrirá si esta muchacha nos ha contado una fábula. Lo que sí sé es que no podemos exponernos a un golpe de mano de esta índole, y todo el ridículo que podemos hacer a cuenta de nuestras medidas preventivas empalidece al lado de lo que ocurriría si la historia fuese cierta y perdiéramos el control del autoplaneta.

Miguel Ángel Aznar reflexionó en silencio. Malo sería que detuvieran por error a un buen puñado de millones de redentores celosos de su dignidad y sus derechos ciudadanos, pero mucho peor sería perder el control del autoplaneta y entregar a ciento cuarenta millones de valeranos inermes al albedrío de unos diabólicos cerebros alojados en el cráneo de una máquina “robot”.

Sin embargo, Miguel Ángel dudaba. No era cualquier cosa ordenar la detención, recurriendo a la violencia si era preciso, de unos cuarenta y cinco millones de redentores que a la postre podrían resultar inocentes. Probablemente se registrarían resistencias indignadas de parte de los forasteros…, quizá hubiera víctimas. Y él, Miguel Ángel Aznar, sería el único responsable de cuanto ocurriera como consecuencia de su decisión.

Miguel Ángel se decidió de pronto. Movió el botón, puso en marcha el televisor y marcó un número libre de los mil reservados exclusivamente a la cámara de Control del gigantesco autoplaneta. Dado que no existía en la actualidad estado de emergencia ni precaución alguna, la inmensa mayoría de aquellos números estaban libres y el almirante obtuvo inmediata respuesta a su llamada.

La imagen de un oficial de transmisiones de la cámara del autoplaneta apareció en relieve y en color en la pantalla del televisor de la falúa.

—Diga, señor.

—¿No me conoce usted? —preguntó Miguel Ángel frunciendo el ceño.

Las facciones de la imagen televisada se estiraron adoptando actitud más seria.

—Perdone, excelencia. Es usted el almirante Aznar, ¿no es cierto?

—Póngame en comunicación con el almirante Ensenada —ordenó Miguel Ángel.

—A la orden, señor.

La imagen del oficial de transmisiones se desvaneció en la pantalla, la cual quedó cruzada por intermitentes líneas de luz. La voz del oficial, no obstante, continuó brotando del altoparlante a intervalos regulares.

—Espere por favor unos momentos, excelencia. El almirante Ensenada no está en su despacho. Voy a avisarle por el circuito perifónico—. Mientras esperaba, Miguel Ángel Aznar se volvió en su asiento para mirar a la señorita Clover. Ésta, que ocupaba uno de los cuatro asientos de atrás, le miró a su vez, con cierta expresión de angustia.

—Hola, Aznar —saludó una voz procedente del altoparlante del

televisor—. ¿Se encuentra usted a bordo de un aerobote?

Miguel Ángel Aznar volvió sus ojos hacia la pantalla del televisor, en donde acababa de aparecer la sonriente imagen del almirante Ensenada.

—Hola, Ensenada —murmuró Miguel Ángel con expresión preocupada—. Sí, estoy a bordo de una falúa volando hacia Nuevo Madrid. Escuche con atención lo que voy a decirle, almirante. Debe usted ordenar inmediatamente el cierre de todos los accesos a la cámara de control. Haga sonar la señal de emergencia y ponga hombres armados ante todas las puertas. Llame también al jefe de seguridad interior y ordénele la movilización de las fuerzas de la policía militar. Curse aviso al Ejército y a la Armada para que se concentren en sus bases y acuartelamientos…, y haga el favor de conseguir por todos los medios comunicar por radio con el Almirante Mayor.

En la pantalla del televisor el rostro del almirante Ensenada expresó todo el estupor que el buen hombre sentía.

—¿Desea tal vez que le repita mis instrucciones? —preguntó Miguel Ángel.

El almirante Ensenada sacudió negativamente su entrecana cabeza.

—¡Diablo, no! —exclamó con acento de la más profunda sorpresa—. Le he entendido perfectamente. ¿Pero por qué razón…?

—No puedo explicárselo ahora —le atajó Miguel Ángel secamente—. Tal vez pudiera, pero temo que usted no me comprendería. La cosa es tan larga y embrollada de contar que prácticamente habré llegado a Nuevo Madrid antes que haya podido hacerle comprender la razón de estas medidas.

—¿Pero qué debo decir al jefe de seguridad interior y a los almirantes y generales de la Armada y el Ejército? —balbuceó Ensenada.

—Dígales sencillamente que se trata de un simulacro de alarma —contestó Miguel Ángel secamente.

—¿Pero es eso en realidad?

—Es… ¡mire, no puedo decírselo ahora! —farfulló Miguel Ángel —. Haga lo que le he dicho y sobre todo… ¡No deje de intentar esa comunicación con la nave donde viajan mi hermano y el Estado Mayor General!

—Espero que sabrá usted lo que se hace, Miguel Ángel —murmuró el almirante Ensenada. Y saludando se desvaneció de la pantalla del televisor.

Miguel Ángel Aznar alargó la mano hacia el salpicadero y apagó el televisor.

—No le ha dicho usted lo de detener a todos los turistas redentores —observó el vicealmirante Mapleton.

—Todavía transcurrirá un buen rato antes de que las fuerzas de policía se encuentren en situación de actuar contra los redentores —contestó. Y añadió—: Tenemos tiempo para llegar hasta Nuevo Madrid. Y el jefe superior de policía y los almirantes y los generales actuarán más deprisa si creen que se trata de un simple ejercicio y no empiezan a hacerse preguntas antes de ponerse en acción.

El vicealmirante Mapleton profirió un gruñido que no comprometía a nada y durante unos minutos siguió piloteando la navecilla, la cual surcaba el cielo de “Valera” a la velocidad de un proyectil. Junto a él, el almirante Aznar continuó rumiando para sí sus pensamientos mientras miraba a través de los cristales de la cabina al suelo que se deslizaba raudamente bajo sus pies. De pronto…

Un vivísimo resplandor verdeazulado, más potente que el sol amarillo que brillaba perpendicularmente sobre las cabezas de los viajeros, chisporroteó en las alturas haciendo parecer pálidos los rostros del almirante Aznar y sus dos acompañantes.

El sol artificial de “Valera” llameó durante unos breves segundos con un tamaño cuatro veces superior al normal y luego se apagó de golpe dejando sumido el interior hueco del planetillo en densa e impenetrable oscuridad.

—¡La señal! —gritó roncamente el vicealmirante Mapleton.

Un estremecimiento nervioso sacudió a Miguel Ángel Aznar haciéndole erizar la piel. Levantando los ojos hacia el lugar donde había brillado el monstruoso sol atómico, el almirante vio caer desde las alturas algo parecido a meteoritos incandescentes que rasgaron las tinieblas del espacio con una sucesión de líneas luminosas antes de estrellarse contra el suelo.

Eran los restos del sol artificial de “Valera”, de aquel gigantesco fanal del cual dependía toda la vida vegetativa del autoplaneta, y del cual tan orgullosos se mostraban los valeranos. Miguel Ángel

Aznar lo comprendió instantáneamente, y la pérdida del gigantesco faro no le preocupó tanto por cuanto valía en sí como por aquello que representaba.

¡Hilda Clover no había mentido! ¡Los redentores se proponían apoderarse del autoplaneta!

—¡La señal! —exclamó Miguel Ángel como un eco del grito de su ayudante—. ¡Ésa es la señal para el comienzo del ataque!

Juan Mapleton alargó su mano a tientas y encendió las luces del salpicadero. Los dos hombres se miraron a los ojos a favor del resplandor ambarino que surgía del cuadro de instrumentos.

—¡Maldición! —rugió Miguel Ángel alargando su mano hacia el televisor y encendiéndolo—. He de volver a hablar con Ensenada. ¡Hemos de movilizar todas nuestras fuerzas antes que los redentores puedan consumar su traición!

Mientras el almirante esperaba respuesta de la cámara de control del autoplaneta, Mapleton encendía la pantalla del radar y hacía retroceder el acelerador quitando velocidad al aparato.

En la pantalla del televisor apareció de nuevo la imagen del oficial de transmisiones que antes contestara a la llamada de Miguel Ángel.

—Póngame con el almirante Ensenada, ¡rápido! —ordenó Miguel Ángel.

Casi instantáneamente la imagen del almirante Ensenada sustituyó al oficial de transmisiones en la pequeña pantalla del televisor.

—¡Almirante! —exclamó Ensenada dando muestras de viva agitación—. ¿Lo sabe usted ya? ¡Nuestra lámpara solar acaba de estallar en pedazos!

—Lo sé —contestó Miguel Ángel Aznar. Y su voz era ahora segura y tranquila—. Acabo de verlo con mis propios ojos. Ésa era la señal que los redentores que tenemos a bordo estaban esperando para lanzarse al asalto de la cámara de control, de nuestras bases aéreas y de los acantonamientos de nuestras tropas. Hay que actuar con rapidez, almirante. ¿Ordenó usted cerrar todas las puertas de acceso a la cámara?

—En estos mismos instantes está siendo bajada la cortina de “dedona” —repuso Ensenada. Y preguntó—: ¿Pero qué significa eso de que vamos a ser asaltados por los redentores? ¿Qué tienen que

ver ellos con la explosión de nuestra lámpara solar?

—La explosión de nuestro sol no es un simple accidente, almirante Ensenada. Son los turistas redentores que tenemos a bordo quienes la han provocado disparando un proyectil dirigido con cabeza atómica contra él. El hecho forma parte de un plan más extenso y del cual acabo de enterarme hace unos minutos. Se lo explicaré a usted cuando llegue ahí. Lo importante ahora es que den ustedes el toque de alarma en todas las ciudades, poblaciones, bases y campamentos del autoplaneta. La gente debe retirarse inmediatamente a sus casas y la policía y las fuerzas del ejército deberán detener a todos los redentores donde quiera que los encuentren.

El vicealmirante Mapleton tocó ligeramente a Miguel Ángel en un brazo señalándole un grupo de luces que iban encendiéndose en la distancia.

—Nuevo Madrid.

Miguel Ángel asintió.

—Estamos a la vista de las luces de la capital —dijo a Ensenada —. Enciendan los reflectores del Palacio Residencial para que yo pueda aterrizar en la azotea. Vaya usted ahora a dar esas órdenes y ya continuaremos hablando cuando yo llegue ahí dentro de unos minutos.

La imagen del almirante Ensenada se desvaneció del televisor. Miguel Ángel Aznar miró a través de los cristales parabrisas a las luces de la ciudad que, multiplicándose con rapidez vertiginosa, pronto irradiaron sobre Nuevo Madrid un halo fluorescente surcado de las barras luminosas de algunos reflectores.

La “aerofalúa”, disminuyendo rápidamente su velocidad, sobrevoló los arrabales de la capital poniendo proa a la luminiscente cúpula del rascacielos del Palacio Residencial.

El vicealmirante Mapleton llevó el aerobote por encima de los 25 kilómetros de la Avenida de Castilla hacia el gigantesco fanal que formaba el edificio del Palacio con sus complementos arquitectónicos del Almirantazgo y la comandatura del Ejército. Miguel Ángel Aznar entreabrió la portezuela para mirar abajo y entonces pudo escuchar el penetrante ulular de las sirenas policiales a las que servían de fondo el mugido de una multitud tumultuosa.

Dos minutos más tarde Juan Mapleton posaba la “aerofalúa”

sobre la terraza del Palacio Residencial. Miguel Ángel Aznar saltó a la azotea, seguido de la señorita Clover mientras Mapleton lo hacía por la portezuela del lado contrario. La terraza estaba iluminada por el vagoroso resplandor procedente de la cúpula de cristal del edificio.

En el mismo instante en que los viajeros se apeaban de la falúa, media docena de siniestras figuras enfundadas en armaduras de vidrio surgieron por detrás del parapeto de la terraza y se inmovilizaron un segundo en el aire antes de volver a descender de nuevo tocando con sus pies el piso de la terraza.

Eran soldados equipados con armaduras de “diamantina” y provistos con sus correspondientes “backs”. Todos iban armados de fusiles eléctricos y llevaban sobre el pecho de sus corazas un círculo amarillo atravesado por una barra horizontal de pintura negra.

Miguel Ángel Aznar se detuvo en seco. La tropa debía haberse elevado desde la calle con sus “backs” y el almirante dudó un segundo preguntándose si serían tropas valeranas o redentores ya equipados y armados para descargar su calculado golpe contra la cámara de derrota.

—¡Apártese! —oyó Miguel Ángel gritar a la señorita Clover.

Y al mismo tiempo escuchóse un restallido seco, como de látigo, y una sucesión de relámpagos amarillos surgieron de la ancha boca del fusil eléctrico que Hilda Clover había sacado consigo de la cabina de la “aerofalúa”.

Los rayos luminosos, rígidos y finos como lanzadas, atravesaron limpiamente a tres o cuatro de los agresores. El resto del grupo, dos o tres redentores equipados con armaduras de “diamantina”, dispararon a su vez contra Miguel Ángel Aznar, la señorita Clover y el vicealmirante Mapleton. Los rayos de “luz sólida” pasaron restallando por encima del almirante Aznar, el cual habíase echado a rodar por el suelo corriendo a buscar amparo tras una falúa de almirante que, con profusión de dorados y cromados, estaba posada un par de metros más allá.

La señorita Clover saltó buscando protección tras el aerobote, y el disparo de uno de los fusiles eléctricos de los agresores arrancó una muesca de metal de la carrocería de “dedona” del aparato.

El vicealmirante Mapleton fue menos afortunado. Al retroceder hacia la portezuela abierta de la falúa, una lanza de luz le alcanzó

en mitad del pecho atravesándole de parte a parte derribándole en el suelo.

La señorita Clover, surgiendo por el otro lado de la aeronave, disparó los rayos de su fusil contra un redentor que estaba encaramado sobre el parapeto de la azotea. El hombre levantó los brazos y cayó hacia atrás lanzando un estridente alarido antes de ir a estrellarse contra el asfalto de la Plaza de España.

En este momento aparecieron en la azotea, saliendo en tropel de uno de los ascensores, un grupo de soldados de la Policía Militar valerana. Los dos redentores supervivientes volvieron contra los policías sus fusiles eléctricos, pero los valeranos se les anticiparon una fracción de segundo barriendo con un apretado haz de dardos de "luz sólida".

Los redentores cayeron y en el silencio que siguió al seco crepitar de fusiles llegó de la plaza el fragor de un combate que se libraba a la vez con fusiles eléctricos y ametralladoras atómicas.

—¡"Valera" por nos! —gritó Miguel Ángel mostrándose con las manos en alto a los desconfiados soldados que le encañonaban.

El oficial que mandaba la tropa, un teniente, reconoció a Miguel Ángel.

—¿Usted, almirante Aznar?

Miguel Ángel se acercó a Mapleton, inclinándose sobre éste sólo los segundos indispensables para comprobar que era cadáver.

—¡Atención…, están subiendo más enemigos! —gritó un hombre.

Los fusiles eléctricos de la Policía Militar empezaban a crepitar de nuevo cuando el teniente empujó suave y firmemente a Miguel Ángel hacia uno de los ascensores.

—Salga de aquí, Excelencia. Este lugar es muy peligroso. ¿Va con usted esta joven?

Miguel Ángel, en quien todavía duraba la impresión que le produjo la inesperada y trágica muerte de Mapleton, asió de un brazo a la señorita Clover arrastrándola consigo hacia uno de los ascensores.

En este momento se detenían en seco y abrían de golpe sus puertas otros ocho o nueve ascensores de los que salieron sendos contingentes de soldados de la Policía Militar armados de fusiles eléctricos.

Miguel Ángel apretó un botón de la larga fila del cuadro a un lado de la puerta.

El ascensor se puso en marcha lanzándose hacia abajo a una velocidad endiablada.

—Gracias por su oportuna intervención, señorita Clover —dijo Miguel Ángel Aznar a su silenciosa acompañante—. No me di completa cuenta de que eran redentores hasta que usted empezó a disparar contra ellos.

—Yo les identifiqué en seguida —repuso la joven—. El círculo amarillo de sus corazas es el distintivo especial del grupo de asalto.

Miguel Ángel masculló algo entre dientes y luego preguntó:

—¿Por qué diablos no vino usted a avisarnos con más tiempo?

—¿Quiere decir por qué no les avisé de lo que tramaban los redentores? —contestó la joven. Y agregó—: No llegué a "Valera" sino unas horas antes de hablar con usted. Hice varios intentos por hallar a alguien que me escuchara, pero nadie quiso prestarme atención hasta que tropecé con el vicealmirante Mapleton. ¡Pobre señor! Parecía un buen muchacho.

—Era un excelente muchacho —contestó Miguel Ángel con tristeza.

El ascensor se detuvo en este momento y la puerta se abrió automáticamente.

—Venga —dijo Miguel Ángel invitando a la joven a salir con un ademán.

—¿Estamos en la cámara de control? —preguntó la señorita Clover.

—No hay ningún ascensor que comunique directamente la azotea con la cámara de control del orbimotor. Por razones de seguridad.

La señorita Clover acompañó a Miguel Ángel por un ancho corredor cuyas paredes aparecían chapadas de mármol negro. De pronto, al doblar un recodo se tropezaron con un pequeño grupo de hombres enfundados en armaduras de "diamantina", todos armados de fusiles eléctricos y ostentando sobre los pechos de sus corazas círculos amarillos.

Eran redentores.

Miguel Ángel Aznar y la señorita Clover se detuvieron al mismo tiempo que los intrusos.

—¡Atrás! —gritó Miguel Ángel dando un salto de espaldas hacia la esquina que acababa de doblar.

La señorita Clover retrocedió apresuradamente haciendo funcionar su mortífera arma de “luz sólida”.

Restallaron los rayos luminosos con su característico ruido parecido al chasquido de un látigo, barriendo de derecha a izquierda a los no menos sorprendidos redentores. Éstos todavía estaban rodando por la tupida alfombra del corredor cuando ya la señorita Clover y Miguel Ángel habían doblado la esquina y se precipitaban hacia la primera puerta que encontraron al paso.

La puerta, por fortuna, no estaba cerrada y cedió al empujón de Miguel Ángel. Éste entró, saltó a un lado, cogió a la muchacha por un brazo y tiró de ella al mismo tiempo que cerraba rápida y silenciosamente la puerta.

Hilda Clover se apretujó contra el pecho del almirante Aznar y por unos instantes sus corazones palpitaron juntos y al unísono mientras se escuchaba afuera el apagado rumor de los pasos de sus persecutores.

—Han pasado —susurró Miguel Ángel. Y corrió despacio el pestillo de seguridad de la puerta.

En este momento se abrió silenciosamente una de las puertas que daban a la habitación y por ella asomó la esférica escafandra azul de una armadura de “diamantina”.

La señorita Clover encañonó al recién llegado con su fusil eléctrico. Miguel Ángel se volvió a tiempo de evitar que disparara contra el hombre que era el dueño de la casa.

—¡Almirante Aznar!

Miguel Ángel reconoció tras el cristal de la escafandra al almirante Pereira, uno de los oficiales de derrota del orbimotor.

—¿Es usted, don Carlos? Permítame utilizar su televisor. Parece que hay enemigos en el piso y deseo comunicar con la cámara.

El almirante señaló con un ademán al aparato, y mientras Miguel Ángel marcaba el número de la cámara él fue a tranquilizar a su familia, que estaba en la habitación contigua enfundándose en las armaduras de “diamantina”, que las Ordenanzas Militares de “Valera” prescribían como equipo obligatorio al sonar la primera señal de alarma.

Una muchacha radiotelegrafista contestó a la llamada de Miguel

Ángel Aznar.

—Póngame con el almirante Ensenada.

El almirante Ensenada se asomó a la pantalla del televisor.

—¿Es usted, Miguel Ángel? ¿Desde dónde comunica?

Miguel Ángel indicó a Ensenada dónde se encontraban, así como el encuentro que acababa de tener con los redentores.

—El enemigo ha invadido la mayoría de los pisos del edificio —contestó el almirante Ensenada—. Mejor que no se mueva usted de donde está. No podrían entrar en la cámara ahora. Estamos sosteniendo un ataque muy violento contra las cortinas y los demás accesos a este subterráneo.

Miguel Ángel preguntó a Ensenada si había noticias de su hermano.

—Ninguna —contestó el almirante Ensenada. Insistimos en nuestras llamadas, pero continuamos sin obtener respuesta.

Miguel Ángel hizo una mueca de disgusto y en este momento escuchóse un golpe recio contra la puerta del apartamento. El almirante Pereira se asomó al salón y la señorita Clover le hizo señas para que se apartara de la trayectoria de cualquier rayo que pudiera llegar desde el pasillo. Pereira, que ahora venía armado de un fusil eléctrico, pasó al salón y se situó a un lado de la puerta. Muy oportunamente, porque en este instante un lanzazo de luz atravesó las maderas de la puerta del pasillo y cruzó la habitación yendo a abrir un agujero en la pared de enfrente.

Hilda Clover y el almirante Pereira dispararon a la vez sus fusiles eléctricos, llenando de agujeros la puerta del apartamento y, posiblemente, a alguien situado detrás y que lanzó un grito de agonía.

—Si quiere utilizar ese televisor, cójalo y tráigalo a esta otra habitación —dijo Pereira a Miguel Ángel.

El almirante Aznar tomó el televisor bajo el brazo y pasó a la habitación contigua mientras Hilda Clover y Pereira seguían vigilando la puerta que daba al pasillo.

Pereira y la señorita Clover siguieron a Miguel Ángel hasta un comedor que tenía anchos ventanales a la Plaza de España. La habitación estaba completamente a oscuras y toda la luz allí existente llegaba de la calle a través de las recias láminas de “diamantina” que cubrían todos los huecos del edificio del Palacio

Residencial. En otros tiempos, antes de que la “luz sólida” hiciera su aparición como arma ofensiva, el rascacielos era en sí una fortaleza con gruesos muros de cemento y puertas de “dedona” en los lugares estratégicos de mayor importancia, tales como las puertas de acceso a la cámara de control que se cerraban automáticamente con unas cortinas metálicas de metro de espesor.

Miguel Ángel Aznar instaló el televisor en otro rincón. Luego se acercó a la ventana y miró a la plaza a través de la lámina transparente de “diamantina”.

Un duro combate estaba librándose sobre el asfalto de la Plaza de España según Miguel Ángel pudo ver desde el piso cuarenta del rascacielos. Apretados haces de rayos luminosos muy delgados salían continuamente de los soportales de los edificios y cruzaban en todas direcciones la plaza. Contestando a esta lluvia de disparos, ráfagas intermitentes de dardos luminosos más gruesos salían de la fachada del Palacio Residencial barriendo literalmente cuanto había en la plaza o se asomaba a los soportales de los edificios. Todas las farolas habían sido apagadas a tiros y los que estaban en la calle disparaban sistemáticamente contra cualquier luz que apareciera en las ventanas.

Junto a la puerta, la señorita Clover y el almirante Pereira seguían vigilando. No se produjeron nuevos intentos de forzar aquella puerta y al cabo de quince interminables minutos pareció que iba decreciendo el fragor del combate que se libraba en la plaza.

—¿Está usted ahí, Miguel Ángel?

Era el almirante Ensenada quien hablaba desde la pantalla del televisor. Miguel Ángel se acercó al aparato.

—Parece que estamos dominando la situación —dijo Ensenada —. He mandado algunos hombres al piso cuarenta por si necesitan ayuda. Le llamaré más tarde cuando haya desaparecido el peligro y pueda bajar.

Miguel Ángel Aznar advirtió a Pereira y a la señorita Clover para que no dispararan si llamaban a la puerta. Los soldados enviados por Ensenada llegaron poco después y llamaron a la puerta antes de entrar. Eran diez hombres en total. La señora Pereira y sus aterrorizados chiquillos se sintieron más tranquilos, y también Miguel Ángel respiró más aliviado.

Diez minutos más tarde el almirante Ensenada avisó a Miguel Ángel que ya podía bajar sin temor alguno.

—Hemos desalojado al enemigo de la plaza y limpiado de ellos los primeros pisos del edificio. La lucha continúa en las calles, pero el enemigo no pudo sacar provecho de su sorpresa y ya empezamos a dominar la situación.

—Bajo en seguida.

Miguel Ángel Aznar recogió un fusil eléctrico e hizo seña a la señorita Clover para que le siguiera. Cuatro soldados de la Policía Militar les acompañaron hasta el ascensor. Ante la puerta del apartamento encontraron muertos a dos redentores. Al doblar el recodo del corredor tuvieron que saltar otros tres cadáveres. Las placas de mármol que cubrían las paredes y el techo del pasillo presentaban gran número de perforaciones y desconchaduras. Junto al ascensor encontraron dos soldados valeranos acribillados.

Miguel Ángel Aznar despidió a la escolta, entrando en el ascensor con la señorita Clover. Breves instantes después el ascensor se detenía al llegar al profundo subterráneo donde estaba excavada la cámara de control del orbimotor.

—Los redentores intentaron recortar un pedazo de nuestra puerta como si fuera hojalata —explicó el oficial que salió a recibir al almirante Aznar. Y señalando a la recia muralla de “dedona” agregó—: La dejaron convertida en un queso “gruyère”, pero no les dimos tiempo para completar su obra.

Cruzando el amplio vestíbulo, al que daban las puertas de la cafetería y los servicios, el Almirante Aznar y la señorita Clover pasaron unas puertas de cristales y entraron en la Sala de Control. Ésta era una sala de planta hexagonal de 100 metros de apotema y una superficie de 34.500 metros cuadrados, con un alto techo en forma de bóveda. En el centro geométrico de este hexágono se levantaba el llamado “puente de mando”; una plataforma circular de doce metros de diámetro y dos de altura, a la cual se accedía por una escalerilla alfombrada.

La cámara o sala de control, en plena actividad, era como un enorme avispero. Quinientos técnicos y mil quinientos controladores trabajaban en cada turno, formando círculos concéntricos alrededor del puente de mando, sentados ante sus pupitres llenos de clavijas, botones y pantallas de televisión.

El almirante Ensenada estaba allí. La expresión de su rostro era preocupada.

—Acabamos de recibir noticias del "Neptuno" —dijo. Y tendió a Miguel Ángel una tira de papel mecanografiado.

Miguel Ángel sabía que el "Neptuno" era el disco volante en el cual viajaban su hermano y toda la familia en compañía del Estado Mayor General valerano. Su mano temblaba ligeramente al coger el papel. Leyó:

"Del transporte "Neptuno" a orbimotor "Valera". Fuerzas siderales redentoras atacan nuestra aeronave. Almirante Mayor decidió aceptar rendición incondicional."

Miguel Ángel Aznar levantó sus sorprendidos ojos hasta el rostro del almirante Ensenada.

CAPÍTULO III

LA lucha continuaba todavía en las calles de Nuevo Madrid y muchas de las principales ciudades del orbimotor, cuando la vibrante voz del almirante Aznar se escuchó en todos los receptores de televisión de “Valera”, dando cuenta del fracaso de los redentores, así como de los propósitos del agresor al atacar por traición el centro nervioso del autoplaneta.

Los valeranos supieron entonces por qué habían sido atacados. Y un vivo sentimiento de indignación les unió en un clamor de protesta contra aquellos a quienes hasta una hora antes habían acogido en su mundo y en sus casas como a hermanos.

—“En ausencia del almirante Fidel y por delegación suya, yo ostento el mando supremo de “Valera” —anunció Miguel Ángel en su alocución—. Aunque mi indignación es positivamente tan viva como la vuestra, os recomiendo serenidad y clemencia con los prisioneros. No es que merezcan otra cosa que la muerte, sino que les necesitamos para canjearles con los valeranos que han ido a Redención y Solima en visita turística. Nadie sabe lo que harán los redentores después de esto. Como medida preventiva, todo el personal en activo del autoplaneta deberá acudir inmediatamente a sus puestos de combate.”

Al abandonar el locutorio, Miguel Ángel Aznar se encaminó a la sala de conferencias para reunirse con los almirantes y generales de más prestigio mandados a llamar urgentemente.

El almirante Aznar no se anduvo por las ramas al explicar a sus colegas el estado de cosas. Hizo que la señorita Clover repitiera aquella sorprendente historia que él mismo se había negado a creer unas horas atrás.

Los almirantes y generales escucharon a la joven en estupefacto silencio. Luego siguieron tres horas de interminables discusiones. Mientras iban llegando de todos los puntos de “Valera” noticias

alentadoras dando cuenta de haberse dominado la situación.

Los jefes valeranos vacilaban acerca de la actitud que debería tomarse frente a la agresión de los redentores. El almirante Aznar se mostró tajante y resuelto respecto a un punto. La Armada Sideral valerana debía de cerrar sus líneas en torno al autoplaneta en prevención a cualquier ataque de los redentores.

—Puesto que los redentores han preferido el ataque solapado al diálogo y la negociación leal, es absurdo hacerse ilusiones respecto a los propósitos que el Gobierno de Redención abriga acerca de nosotros —dijo Miguel Ángel.

Alguien sugirió que la Armada Sideral redentora debía ser lo suficiente potente para arrollar a la Armada valerana. Los redentores llevaban largos siglos de paz, y seguramente no habrían descuidado la fabricación de aparatos de combate.

—Si la Armada Sideral redentora fuera tan potente como ustedes creen ¿se habrían tomado los redentores la molestia de elaborar todo este pacienzudo complot para adueñarse de “Valera” sin apenas luchar? —contestó Miguel Ángel—. Nunca hemos sido más fuertes que ahora, y es esa potencia formidable de nuestra Armada lo que los redentores temen como ninguna otra cosa. Mi parecer es que enviemos un ultimátum al Gobierno de Redención, invitándole a devolvernos a nuestro Estado Mayor y a todos los valeranos prisioneros en el plazo de una semana, o dar por hecho el estado de guerra si se niega a aceptar nuestras condiciones.

Un clamor de protestas se levantó de un tercio de la concurrencia. Muchos almirantes y generales no podían admitir sin repugnancia un estado de guerra entre el autoplaneta “Valera” y el Gobierno de Redención. “Valera” no era sino un gigantesco transporte de tropas que operaba bajo la bandera del Gobierno redentor. ¿Podía hoy, después de tantos siglos de fiel subordinación al Gobierno de Redención levantarse el autoplaneta en armas contra su legítimo Gobierno?

—¡Sí, podemos! —contestó Miguel Ángel Aznar descargando un violento puñetazo sobre la mesa que presidía—. Creo que ha llegado el momento en que “Valera” debe declararse independiente. La patria a la cual servimos ha progresado demasiado durante los milenios en que nosotros estábamos ausentes. Redentores y valeranos somos tan extraños unos a otros como si no procedieran

de la misma raza terrestre. Esas abominables criaturas que viven dentro de la cabeza de un muñeco “robot” jamás podrán comprender nuestros problemas. Su incesante y portentoso desarrollo les ha conducido fatalmente a la depravación y la egolatría. Ellos viven en un mundo aparte, completamente distinto del nuestro. Nunca razones de más peso apoyaron la petición de independencia de ninguna colonia terrícola. Y a menos que abominemos de nuestra religión y nuestras costumbres, y nos resignemos a ser pasados a cuchillo por esa multitud de monstruos encefálicos, tenemos que proclamarnos independientes.

La rotunda proposición de Miguel Ángel Aznar dejó sumidos a los altos jefes valeranos en honda confusión.

—Éste —dijo uno de los generales más antiguos y prestigiosos— es un asunto que debe tratarse despacio y sin apasionamientos.

—Perfectamente —contestó Miguel Ángel poniéndose en pie—. Vayan ustedes discutiéndolo… Puede que mientras ustedes discuten esté volando para acá toda la Armada Sideral redentora en peso. Y puede también que cuando abandonen esta mesa hayan perdido toda opción a tomar sus propias resoluciones.

El almirante Aznar abandonó la conferencia en compañía de la señorita Clover, encaminándose a las habitaciones que la familia Aznar ocupaba en el Palacio Residencial.

—A lo mejor tiene usted hambre —dijo Miguel Ángel a la muchacha al entrar en el apartamento.

—Ahora que lo dice usted, creo que sí —repuso Hilda.

Miguel Ángel Aznar entró en la cocina y abrió la despensa, empezando a preparar una comida a base de verduras artificiales y carnes sintéticas. Poco después, mientras comían, Miguel Ángel preguntó a Hilda Clover si creía que podrían llegar a Redención y confundirse allá con los redentores, sin ser notados.

—Desde luego, podríamos…, a condición que usted llevara documentos apropiados. La petición de documentos de identidad es cosa frecuente allá ahora con todos los millones de valeranos que han ido en viaje turístico y los redentores detienen para encarcelarlos.

—¿Documentos? Creo que no nos faltarán si los redentores que hemos cogido prisioneros llevan encima su carnet de identidad.

—Todos llevamos nuestros documentos —aseguró la muchacha.

Y preguntó—: ¿De veras quiere usted ir a Redención?

—Tengo que ir para averiguar qué ha sido de mi hermano, rescatarle si es posible y obtener informes más precisos que los que usted nos ha dado acerca del potencial bélico de aquellos planetas. Desde luego, no está usted obligada a acompañarme.

—Temo que voy a tener que hacerlo. No puede usted ir haciendo preguntas por allá, dando a entender a todo el mundo que es un forastero. Le acompañaré. Si es posible me gustaría sacar de Redención a mis padres y mi hermano.

Miguel Ángel Aznar aceptó encantado el ofrecimiento de la joven. Realmente, la ayuda de la señorita Clover podría servir de mucho a un valerano que llegaba por primera vez a Redención.

—Procure descansar una horas mientras me ocupo de los preparativos —le dijo Miguel Ángel al abandonar el apartamento.

El almirante bajó directamente a la cámara de derrota, sólo para asegurarse que los redentores habían sido reducidos a la impotencia en todas las ciudades de “Valera”. Luego llamó al almirante Bayona, jefe del Mando de Operaciones Combinadas. Don Amadeo Bayona, que acababa de abandonar la sala de conferencias exasperado por la falta de acuerdo entre sus colegas, bajó inmediatamente a la Sala de Control.

—Necesito cien hombres adiestrados de su departamento para llevar a cabo una incursión sobre el planeta Redención.

Miguel Ángel Aznar explicó su plan, el cual consistía en buscar entre los muertos y prisioneros redentores un centenar de documentos de identidad de enemigos que se parecieran algo a los cien “comandos” escogidos para esta misión. La fuerza volaría hasta Redención en una veintena de cazas “delta”, aparatos de combate de iguales características que los de la Armada Sideral redentora.

Bayona prometió poner a las órdenes de Miguel Ángel los hombres mejor adiestrados del mando de Operaciones Combinadas.

—No olvide equiparles con “backs”, armaduras de vacío y fusiles eléctricos reducidos de tamaño.

El almirante Bayona prometió que lo haría y volvió a su despacho para ocuparse del asunto. Miguel Ángel Aznar retornó a sus habitaciones particulares pero al pasar por la sala de conferencias fue detenido por un grupo de acalorados colegas que todavía estaban discutiendo si convendría o sería imprudente

proclamar la independencia de “Valera” en estos momentos.

Miguel Ángel Aznar estuvo discutiendo con sus colegas otro par de horas, hasta que un ordenanza enviado por el almirante Bayona fue a llamarle para que se presentara en la base sideral de la cual iban a zarpar los veinte cazas “delta”.

El almirante Aznar fue al apartamento de su familia, despertó a la señorita Clover y subió con ella hasta la azotea del rascacielos, en donde tomaron un aerobote.

Treinta minutos más tarde el almirante Aznar y la señorita Clover saltaban del aerobote y se reunían con los soldados del Mando de Operaciones Combinadas.

Para esta misión los “comandos” habían prescindido de sus uniformes, vistiendo cada uno ropas civiles de diverso corte y colorido. Miguel Ángel se aseguró que cada uno de ellos llevaba su correspondiente documento de identidad, comprobando asimismo la semejanza existente entre cada uno de los soldados y su correspondiente documentación.

—Vamos a intentar el rescate de nuestro superalmirante y el Estado Mayor capturado por el enemigo —les dijo Miguel Ángel—. Inútil será advertirles que del aplomo y la inteligencia con que cada uno de ustedes se comporte en Redención, depende el éxito de la operación. Los redentores, como nosotros, tienen drogas hipnóticas que pueden hacernos dormir y hablar como papagayos contestando a todas las preguntas que quieran hacernos. La captura de uno sólo de nosotros puede implicar la muerte de todos. No creo necesario decirles más.

El contraalmirante Janssen, que con dos capitanes del ejército mandaba el grupo, dio la orden para que cada cual fuera a ocupar su aparato. Cien hombres se introdujeron en veinte cazas “delta”. Miguel Ángel, el contraalmirante Janssen y la señorita Clover pasaron a tripular con dos pilotos la navecilla número veintiuno.

La flotilla despegó de la base y puso proa a uno de los gigantescos “tubos” de lanzamiento que, a través de los cien kilómetros de espesor de la corteza de “Valera”, comunicaban el interior hueco del planetillo con el espacio exterior.

Una vagorosa luz roja llenaba el interior del “tubo” cuando los 21 cazas volaban por su interior. La luz roja cambió a verde y el piloto del “delta” tripulado por Miguel Ángel movió un botón

polarizando los cristales de la cabina. Los tripulantes se apercibieron para aguantar la brusca sacudida que no se hizo esperar.

El aire comprimido del "tubo" lanzó fuera a los veintiún cazas como si fueran postas de una descomunal escopeta.

Los viajeros pasaron repentinamente de la luminiscencia verde de la esclusa al lóbrego espacio sideral tachonado de rutilantes estrellas. A sus espaldas quedaba la árida cara exterior de "Valera" con su característico paisaje de extensos cráteres y sus amontonamientos de rocas grises. Lejos, en las tenebrosas profundidades del espacio, brillaba el sol con su cortejo de planetas. Los veintiún cazas impulsados por "luz sólida" aceleraron adentrándose en el tiritante vacío espacial poniendo proa a Redención.

A bordo de los diminutos aparatos, las tripulaciones se prepararon para pasar con la máxima comodidad los dos días de travesía que les separaban de la superficie del planeta Redención.

En su mayoría, los "comandos" se reclinaron en sus sillones extensibles entregándose al sueño.

Sólo el piloto de cada aparato velaba permanentemente ante los mandos, no para intervenir en la conducción de las aeronaves, sino para escrutar con mirada alerta las pantallas de radar en busca de alguna patrulla enemiga.

En la navecilla tripulada por el almirante Aznar, éste charlaba con la señorita Clover inquiriendo mayores detalles acerca de los redentores en general, y de los "eternos", en particular.

Fue así como Miguel Ángel supo que los "eternos" se habían reservado en exclusiva el interior de Solima y Redención, que eran huecos al igual que "Valera".

—Sólo los seres de carne y hueso vivimos en la cara exterior de Redención, pero esto no será por mucho tiempo —aseguró Hilda Clover—. Como en la práctica no hay defunciones y cada individuo que nace sobrevive a la muerte de su envoltura carnal, el resultado es un incremento formidable de la población redentora. No está lejos el día que los "eternos", amontonados prácticamente unos sobre otros en el interior de Redención y Solima, saldrán a disputarnos también el espacio exterior a los vivos… Y cuando toda la cara exterior de Redención pulule a su vez de "eternos"…,

entonces sobrevendrá el colapso final. Los "eternos" tomarán severas medidas para impedir el nacimiento de nuevos seres (ya han empezando a tomar medidas drásticas a este respecto) y Redención y Solima serán dos mundos enormes superpoblados de unas infrahumanas criaturas dedicadas a aburrirse y contemplarse unas a otras.

El almirante Aznar, que escuchaba impresionado este pesimista augurio de Hilda Clover, preguntó a la joven si existía alguna razón especial para que los "eternos" se hubieran reservado para sí el interior hueco de los planetas Solima y Redención.

—¡Oh, naturalmente que existe una razón! Y es muy poderosa para ellos, además. Los "muertos" que han alcanzado con éxito su inmortalidad no están dispuestos a renunciar a ella por ningún concepto.

—¿Quiere decir que temen a los vivos de la cara exterior de Redención, y se han encerrado por esto en aquellos mundos-concha?

—No es por eso. Los "muertos" no temen a los vivos. Y no sólo porque nos triplican en número, sino porque los vivos, a su vez, son aspirantes seguros a un "robot" de acero y a un hueco en aquel gigantesco cementerio que es la parte interior de Redención y Solima.

—¿Son de acero los "robots" que tripulan los "eternos"? —preguntó Miguel Ángel con sorpresa.

—Sí, y ésta es la única razón por la que los "muertos" hayan elegido para vivir el interior de nuestros planetas. No hay metal que resista a los rayos Zeta sin desintegrarse, excepto la "dedona". Pero los "muertos" no podían fabricar doscientos veinte mil millones de "robots" de un metal tan pesado y tan costoso de obtener como la "dedona". Así que optaron por hacerse sus fantásticos "robots" de acero inoxidable, lo cual reduce considerablemente su coste y simplifica las reparaciones. Ahora bien, un solo aerobote que volara sobre una ciudad "eterna" armado de proyectores de rayos Zeta, podría, en el espacio de unos minutos, aniquilar a millares de "robots" fabricados de acero. Por eso los "eternos" viven en el interior hueco de Solima y Redención. Ninguna fuerza aérea enemiga podría entrar allí para atacar las ciudades "eternas".

Las palabras de Hilda Clover dejaron muy pensativo a Miguel

Ángel Aznar.

"¿De manera que los "eternos" han construido sus máquinas de acero inoxidable?", se repetía el almirante para sí a cada instante. Y sentía que el corazón le latía alborozado.

Ahora comprendía Miguel Ángel la razón del intento de los redentores por apoderarse del autoplaneta "Valera" sin lucha.

Los "eternos" temían una guerra abierta con el formidable "Valera", y la temían precisamente por la fragilidad material de los muñecos en donde moraban sus cerebros. Los rayos "Z", una de las armas más antiguas desarrolladas por los terrícolas, podían ser para los "eternos" mucho más temibles de lo que eran las explosiones atómicas para un hombre corriente. Porque de una explosión atómica podía sobrevivirse con quemaduras o lesiones susceptibles de ser curadas. ¿Pero qué ocurriría a un "eterno" cuando su máquina "robot" desapareciera desintegrada en mitad de un fogonazo azul? El cerebro alojado en el cráneo del "robot" quedaría despedazado con toda seguridad. No era extraño, pues, que los "eternos" sintieran tanta aversión a los rayos "Z" que el Ejército y la Armada de "Valera" podían prodigarles en abundancia.

A Miguel Ángel Aznar le agradó infinito saber que los "eternos" tenían un punto sumamente vulnerable. Y a partir de este momento, en los dos días que duró la travesía del espacio, Miguel Ángel no deseó sino llegar cuanto antes a Redención y ver por sus propios ojos aquellas extraordinarias criaturas.

La flotilla valerana se dispersó al aproximarse a Redención. Se extremaron las precauciones para eludir la vigilancia redentora, pero los redentores no parecían demasiado preocupados por entonces por un posible ataque valerano. Ellos, naturalmente, tenían sus patrullas de vigilancia en el espacio. Pero estas fuerzas vigilaban la posible aproximación de una fuerte escuadra, y los pequeños y velocísimos cazas les pasaron desapercibidos.

Hilda Clover tenía su casa en Olimpia, la capital federal de los Estados Unidos de Redención. Miguel Ángel había dado instrucciones para que los "comandos" se dirigieran por distintos caminos a la capital reuniéndose con él o con el contraalmirante Bayona en lugares populosos y fáciles de encontrar incluso para un forastero en Olimpia.

La llegada de Miguel Ángel a Redención hubo de retrasarse

algunas horas debido a que en el hemisferio donde estaba situada Olimpia era de día, mientras que los “comandos” deseaban llegar a ella durante la noche. Pero apenas las sombras de la noche cubrieron aquel lado del planeta, el “delta” de las Fuerzas Siderales valeranas atravesó la atmósfera redentora y, silenciosa y subrepticiamente, fue a posarse en un bosque próximo a la capital.

Media hora después, luego de haber dejado convenientemente oculto el caza en lo más denso del bosque, Miguel Ángel y la señorita Clover se separaron del contraalmirante Bayona para dirigirse a pie hacia la capital. La distancia era larga y hubiera podido ser recorrida —digamos más bien volada— fácilmente sólo con que ellos hubieran metamorfoseado el “back” que cada uno llevaba en un pequeño estuche de cristal.

Pero los “comandos” reservaban este equipo para mejor ocasión y no tenían verdadera prisa en llegar.

Miguel Ángel y la señorita Clover alcanzaron la estación suburbana del metro a las cuatro de la madrugada (hora local). En la estación casi desierta tropezaron con un par de policías redentores que les exigieron la documentación. Los redentores lanzaron sólo una superficial mirada sobre las fotografías del carnet, dejándoles seguir a continuación.

Una hora más tarde Hilda Clover llamaba a la puerta del apartamento en donde vivía su familia. El padre de la joven, un mocetón moreno que no aparentaba más de 28 años pese a tener más de 60, salió a abrir y lanzó una exclamación de sorpresa al ver a su hija.

—¡Chist! —susurró Hilda entrando en el apartamento con Miguel Ángel y cerrando la puerta tras sí.

—Hilda —murmuró el señor Clover—. ¿De dónde sales a estas horas? Circulan rumores de que todos los redentores que fueron a “Valera” han sido muertos o capturados por los valeranos. ¿Cómo estás aquí? ¿Acaso no fuiste a “Valera”?

—Permíteme que te presente antes a mi amigo, el almirante Miguel Ángel Aznar.

El señor Clover miró incrédulo de arriba a abajo al esbelto joven.

—¿Aznar…, de los Aznar de “Valera”?

—El almirante es hermano del Almirante Mayor del autoplaneta,

papá.

El señor Clover, considerando una honra para su casa el tener por huésped a tan ilustre personaje, se apresuró a despertar a su esposa y a su hijo Serer, los cuales presentó al almirante Aznar. En cambio, dio muestras de intranquilidad cuando Hilda le dijo que había llevado allí al almirante con el propósito de ocultarle durante unos días.

—Hilda, muchos de nuestros vecinos saben que fuiste a “Valera”. Aunque nunca llegaran a sospechar la verdad, no dejarían de mostrar extrañeza por tu regreso. Naturalmente, empezarían a hacer preguntas y…

Miguel Ángel Aznar no le dejó terminar.

—Creo que tiene usted razón, señor Clover. Esas preguntas podrían ser tan peligrosas para ustedes como para mí mismo. Si en Olimpia hay paradores especiales para los forasteros como en nuestras ciudades de “Valera”, iremos a alojarnos allá y todos nos sentiremos más tranquilos. Ahora, quizá ustedes puedan tranquilizarme respecto a una cuestión. ¿Saben por casualidad qué ha sido de mi hermano, así como de sus hijos y del Estado Mayor que le acompañaban?

—He oído decir que fueron llevados a Ascrea, la capital de los “eternos” en el mundo-concha de Redención —dijo Serer Clover.

Miguel Ángel preguntó a los Clover si sabían de la existencia de algún impedimento especial que prohibiera la entrada de los vivos en aquel mundo.

—Ninguno, en absoluto —le contestaron—. Los vivos siempre hemos tenido libre acceso al interior, entre otras razones, porque es allí donde está situada la mayor parte de la industria de este planeta.

—En tal caso marcharemos directamente a Ascrea —dijo Miguel Ángel.

Sin embargo, todavía permanecieron un par de horas en el domicilio de los Clover, mientras descansaban y comían.

En el momento de partir, el joven Clover se ofreció para acompañar a su hermana y al almirante. Miguel Ángel, que creía que los servicios de un guía serían insustituibles en esta ocasión, aceptó agradecido el ofrecimiento del muchacho.

A las siete de la mañana, coincidiendo con la salida del sol, el

almirante Aznar y los hermanos Clover se hallaban cruzando las recién regadas avenidas de Olimpia en dirección al parque donde habían acordado encontrarse con el contraalmirante Bayona.

Bayona todavía tardó un par de horas en llegar acompañado de los pilotos.

—Estos amigos y yo vamos a tomar el tren con dirección a Ascrea —dijo Miguel Ángel a Bayona—. Quédese usted aquí hasta que acudan los demás. Dígales adónde vamos y póngase a su vez en camino hacia allá.

La señorita Clover indicó a Bayona el lugar donde se encontrarían en Ascrea; al pie del monolito de la Plaza del Universo de Ascrea. Media hora más tarde Miguel Ángel Aznar y los Clover llegaron a la estación del ferrocarril. Los andenes estaban llenos de gente. De pronto se escuchó un extraño y penetrante silbido. El público se apartó y el almirante Aznar abrió sus sorprendentes ojos mirando a la extraña máquina que acababa de aparecer en el andén.

Era un "eterno". Pero aunque estas extraordinarias criaturas ya habían sido descritas por la señorita Clover, Miguel Ángel no pudo reprimir su sorpresa ni un escalofrío de emoción.

Vio Miguel Ángel Aznar una máquina que al menos en su mitad superior imitaba la figura humana: cabeza…, hombros…, brazos…, torso. En cambio, la mitad inferior era totalmente distinta a cómo pudiera imaginarse. De cintura para abajo, el gigante de acero inoxidable se acampanaba para formar el guardafangos en cuyo interior rodaba una llanta con cubierta de caucho.

El conjunto que formaba este "hombre-automóvil" era, por demás, extraño y original. El "eterno", completamente metálico, avanzaba erguido en perfecto equilibrio sobre su única rueda, y de su aspecto limpio, reluciente y pulido, se desprendía la impresión de encontrarse uno ante una máquina perfecta, silenciosa, precisa y bien engrasada.

El "eterno", que medía casi dos metros de estatura, pasó por delante del almirante Aznar y "frenó" suavemente para pasar del andén a la plataforma del vagón, ambos situados al mismo nivel.

Miguel Ángel Aznar había creído siempre que aquellas criaturas serían unos grotescos y ridículos monigotes "robot" desprovistos de toda gracia, con la pesada rigidez de los muñecos "robot" que el Ejército Autómata valerano utilizaba como soldados de infantería.

La realidad se apartaba completamente de la imagen que Miguel Ángel había formado en su imaginación. El “eterno”, quizá porque iba controlado por un cerebro humano, era un “robot” esbelto, bien proporcionado y de una agilidad de movimientos que bien podrían titularse graciosa, casi “humana”.

El “eterno”, completamente construido de acero inoxidable, tenía un rostro moldeado sobre una mascarilla que los redentores —así lo aseguraba al menos Hilda Clover— tomaban de sus propios rostros cuando todavía eran jóvenes y aspiraban a tripular para la eternidad una de aquellas máquinas. La cabeza del “eterno” iba montada sobre un cuello tubular, formado de una cinta de acero en espiral que le permitía volverse en todas direcciones, así como inclinarse adelante, atrás y a un lado y otro. Los brazos del “robot”, como su cuello, estaban formados de espirales metálicas con movimiento en la articulación de los hombros, en los codos y en la unión de la muñeca con unas manos metálicas que eran por sí solas un modelo de precisión e ingeniosidad. El “robot”, por último, tenía una articulación en la cintura. Cuando una de estas extraordinarias máquinas rodaba a buena velocidad, como lo había hecho el pasajero del tren, el “eterno” se inclinaba ligeramente y graciosamente a un lado y otro para sostener el equilibrio y contrarrestar la fuerza centrífuga al tomar una curva.

Nada tan complicado, elegante a la vez que práctico, como estas máquinas relucientes, veloces y altamente silenciosas. Ni nada tan impresionante como pensar que cada uno de aquellos artefactos iba animado por un cerebro humano.

El tren salió del largo túnel, trepó por una rampa y se deslizó a través de un bosque bajo la luz del sol que animaba aquel abrigado mundo-concha. Nada al principio encontró diferente Miguel Ángel del paisaje habitual del autoplaneta “Valera”. Inopinadamente, el tren surgió del bosque lanzándose a través del paraje más exótico que cupiera imaginar.

CAPÍTULO IV

EL mundo geométrico de los "eternos" —deslizó Hilda Clover con un susurro al oído de Miguel Ángel Aznar—.

El valerano miró absorto el fantástico paisaje. El tren cruzaba una dilatada llanura de la cual se elevaban aquí y allá extrañas rocas en forma de monolitos, pequeños cerros y grupillos de árboles. Pero lo extraordinario de este alucinante paisaje era que todo el piso estaba cubierto de una lámina tersa, negra y reluciente como un espejo.

Alrededor de las rocas, de los montículos y los grupillos de árboles, el extraño asfalto quedaba recortado bruscamente, lo cual daba a la llanura la fantástica apariencia de un enorme lago petrificado en donde los cerros, los peñascos y los bosquecillos, surgían como pequeñas islas de verdor.

Frecuentemente, aquí y allá, aparecían unas sorprendentes construcciones de cristal en forma de "igloos", esquimales, pintados de brillantes colores amarillos, rojos, verdes, anaranjados y azules.

Y por todas partes, deslizándose veloz y silenciosamente sobre sus llantas, deambulaban los "eternos" en número de varios millares, dando la sensación de una pista de hielo en donde los patinadores se solazasen con la sola práctica del deporte.

El tren siguió deslizándose raudamente a través de este exótico paisaje. Miguel Ángel Aznar esperaba que la extraña llanura asfaltada se interrumpiera de un momento a otro, pero Hilda Clover le arrebató sus últimas esperanzas al asegurar con la mayor tranquilidad que todo el mundo interior de Redención, al igual que el de Solima, estaba cubierto de esta capa de asfalto que era en realidad lava volcánica artificial.

El tren llegó a la vista de Ascrea, la metrópoli de los "muertos".

En Ascrea, los "eternos" vivían aproximadamente igual que los valeranos en Nuevo Madrid. Las casas eran rascacielos de cristal de

hasta doscientos pisos de altura, y formaban calles y avenidas como en cualquier ciudad del mundo de los vivos. Ascrea, sin embargo, era distinta de Nuevo Madrid y de Olimpia.

En primer lugar, los “eternos” no se alimentaban de igual manera que los vivos. Su cerebro, encerrado en el hermético cráneo de acero inoxidable, nadaba en un líquido repugnante que le servía de alimento. Líquido para su cerebro, aceite lubricante para sus engranajes y electricidad para poner en acción su enormemente complicado cuerpo mecánico era todo lo que necesitaban los “eternos”. En Ascrea, por lo tanto, apenas si existían aquellos gigantescos almacenes de víveres de las ciudades de “Valera”, en donde cada valerano iba a surtirse de los artículos necesarios para su calzado, su vestido, su alimentación o diversión. Buen número de surtidores de aceites lubricantes y de líquido especial para alimentar sus cerebros eran lo que los “eternos” tenían en profusión en los lugares estratégicos de su pintoresca ciudad. La electricidad, como los automóviles que rodaban por las carreteras y las calles de las ciudades de “Valera”, la recibían los “eternos” por un sistema receptor muy parecido al de la radio. Simplemente, la electricidad estaba en el aire y ellos no tenían más que tomarla por la pequeña antena cimbreante que sobresalía de su frente metálica.

El carácter especial de los “eternos”, por otra parte, imponía a éstos un revolucionario sistema de vida.

Aparte de no necesitar comida, los “eternos” tampoco necesitaban camas para dormir, ni muebles donde sentarse. Tampoco necesitaban casa en la práctica, ya que un “eterno” era insensible tanto a los rayos del sol como al frío, al calor, a la lluvia o al viento. Sin embargo, los “eternos” tenían casa. Quizá no la tuvieran algún día, cuando el incremento de su población hiciera imposible la construcción de apartamentos para todos y cada uno de ellos.

Pero ahora los “eternos” todavía podían permitirse este lujo. Sus habitaciones, donde solían reunirse con los “amigos” para discutir de los más áridos problemas geométricos o metafísicos, eran un modelo de frialdad y sobriedad.

Este fantástico mundo fue el que Miguel Ángel Aznar halló al apearse del tren en Ascrea. Y, francamente, no le gustó. En Ascrea, un ser humano se sentía tan extraño como si se encontrara en una

ciudad de un planeta habitado por seres completamente distintos.

En las calles de Ascrea predominaba la población “eterna”. Ellos rodaban silenciosa y vertiginosamente por el centro de la calzada formando una continua riada de máquinas relucientes y ágiles, en tanto los peatones, humillantemente montados sobre sus lentas y torpes piernas, iban por las aceras lanzando envidiosas miradas a los “hombres-robot” motorizados.

El almirante Aznar paseó por la ciudad con sus amigos hasta que, desesperado y sintiendo escozor en los ojos a fuerza de mirar como hipnotizado a las relucientes “máquinas-robot” que pasaban centelleando al sol, fue en busca de un banco bajo los frondosos árboles del parque, en donde se levantaba el monolito en memoria de los pioneros redentores.

Serer Clover se separó de su hermana y del almirante para acercarse indolentemente a un grupo de humanos que charlaban no lejos de allí.

Mientras Serer Clover trataba de inquirir noticias acerca del paradero de Fidel Aznar y el Estado Mayor valerano, llegó el contraalmirante Bayona con los dos pilotos de la navecilla en que habían hecho la travesía del espacio.

—¿Sabemos ya dónde han sido conducidos el superalmirante y su familia? —preguntó Bayona.

Miguel Ángel Aznar contestó que no lo sabía. Hasta que unos minutos más tarde, Serer Clover se reintegró al grupo de sus amigos y dijo:

—Ya sé dónde han sido llevados su hermano de usted con sus hijos, su esposa y el Estado Mayor General valerano. Hace un par de días que llegaron aquí, siendo conducidos al edificio del Capitolio.

—¿Sabe si están todavía allí? —preguntó Miguel Ángel.

—Sin duda. Los tienen encerrados en los sótanos del edificio, aunque al parecer gozan de cierta libertad, limitada por los muros de su encierro.

Miguel Ángel se volvió hacia Bayona.

—Espere aquí a que lleguen los demás y entreténganse paseando o haciendo cualquier cosa hasta mi regreso. Voy a echar un vistazo a ese edificio del Capitolio.

El almirante Aznar y los hermanos Clover tomaron el “metro” en la misma Plaza Universal. Al salir de nuevo a la superficie, el

almirante Aznar se encontró frente al monumental edificio del Capitolio de los "eternos", un gigantesco palacio de estilo cubista enteramente construido de mármol blanco.

Miguel Ángel señaló a un grupo de gente que subía por las escalinatas del suntuoso edificio.

—¿Quiénes son ésos?

—Turistas —contestó la señorita Clover—. Aquí, como en todas partes, la gente se mueve constantemente de un lado a otro acuciada por el deseo de visitar todos los lugares notables del planeta.

—¿Entonces, podremos entrar nosotros también como turistas?

—Sin duda alguna.

La visita al Capitolio resultó fructífera en casi todos los aspectos. Los turistas, al entrar, podían proveerse libremente de unos folletos destinados a servir como recordatorio, en los cuales, aparte cierto número de fotografías, se brindaba al visitante un plano del suntuoso monumento.

El Capitolio de los "eternos" era en verdad una construcción notable por sus proporciones gigantescas, así como por las valiosas joyas artísticas que conservaba. El almirante Aznar, sin embargo, no se fijó apenas en el aspecto artístico del Capitolio. Mientras recorrían los imponentes salones, escuchando las explicaciones del guía, el valerano iba grabando en su memoria el camino hasta la entrada de los sótanos.

Todas las entradas de los sótanos estaban vigiladas por policías armados. Los policías eran humanos.

—Vámonos ya —murmuró Miguel Ángel al oído de Hilda Clover —. Los pisos altos no nos interesan. Tenemos bastante con lo visto.

Abandonaron el Capitolio y, tomando nuevamente el "metro", regresaron a la Plaza del Universo.

Los cien hombres del "comando" valerano habían ido llegando en pequeños grupos de a cinco y paseaban por allí o charlaban sentados en los bancos.

—Haga correr entre los hombres la voz de que vamos a dirigirnos al edificio del Capitolio entrando en él como turistas. Saldremos de aquí en grupos reuniéndonos abajo en la estación del "metro" —ordenó Miguel Ángel a Bayona.

El contraalmirante murmuró unas palabras al oído de uno de los

pilotos. Éste se alejó paseando por la alameda y al tropezarse con un par de comandos les dijo algo en voz baja. Los dos hombres, a su vez, se acercaron a otros compañeros que charlaban en un banco y les dijeron unas palabras.

Despreocupadamente, sin llamar la atención del resto de los paseantes, el "comando" valerano abandonó los jardines reuniéndose en el andén de la estación del "metro" con Bayona y el almirante Aznar.

Al salir del "metro" frente al edificio del Capitolio, el "comando" marchó desperdigado hacia las monumentales escalinatas de mármol y entró en el edificio. Un guía les reunió en grupo para acompañarles a través de los corredores y los salones del edificio.

—Inmovilizaremos al guía y a los guardianes de la entrada al sótano y metamorfosearemos nuestro equipo militar —confió Miguel Ángel Aznar al oído del contraalmirante.

El grupo siguió detrás del guía por los mismos derroteros que antes habían seguido Miguel Ángel y los hermanos Clover.

Una de las entradas a los sótanos según especificaba el plano del edificio estaba a la derecha y al fondo de un corredor que salía del pasillo principal por donde marchaba el grupo. Por si alguna duda quedaba, una flecha y un cartel indicaban en una placa: "Entrada al sótano A". Dos hombres armados de fusiles eléctricos montaban la guardia, uno a cada lado del corredor.

Los falsos turistas llegaron frente al pasillo.

—Ahora —susurró Miguel Ángel al oído de Bayona.

El joven contraalmirante se volvió e hizo una seña a sus hombres.

Una docena de valeranos se arrojaron sobre los dos centinelas abrumándoles con la superioridad del número, en tanto el propio Miguel Ángel Aznar y Serer Clover saltaban sobre las espaldas del guía.

La resistencia que opuso el guía fue mínima. El almirante Aznar le apretó la garganta hasta que el redentor tuvo afuera un buen palmo de lengua y luego le soltó. Cuando se tambaleaba, Serer Clover le disparó un gancho a la barbilla que lo dejó tendido en el suelo.

Los dos soldados redentores habían caído un poco más allá. Mientras les despojaban de sus armas, otros "comandos" se lanzaron

corriendo por el pasillo adelante en dirección a una puerta metálica que se veía al fondo. También había otro par de puertas a la derecha.

Inesperadamente, un haz de rayos de “luz sólida” brotó de un lado del corredor y los “comandos” que iban en vanguardia cayeron fulminados. Los otros se detuvieron.

—¡Pronto, saquen las armas! —gritó Miguel Ángel.

Los “comandos” que ocupaban el pasillo se apartaron dejando paso a dos de sus compañeros que iban armados con fusiles eléctricos arrebatados a los centinelas. Mientras éstos se dedicaban a destrozar a tiros la fila de pequeños proyectores de “luz sólida” fijos a la pared desde el suelo al techo, el resto de la tropa sacaba del bolsillo unas pequeñas perillas de cristal que estrellaban con fuerza contra el suelo.

Apenas estas perillas se rompían, empezaba a chisporrotear un diminuto objeto que en breves segundos quedaba transformado en un pesado fusil eléctrico. El almirante Aznar y la señorita Clover también metamorfosearon sus armas, las cuales habían sido empequeñecidas en “Valera” por medio de una complicadísima maquinaria según el principio de eliminar la mayor parte del espacio vacío existente entre los átomos constitutivos de la materia.

En aquellos momentos quedaba expedito el paso por el corredor al ser destrozado el último proyector de “luz sólida” incrustado en el muro.

De las puertas de la derecha, entre los “comandos” y la puerta del fondo del pasillo salieron precipitadamente algunos soldados redentores armados de fusiles eléctricos.

Los valeranos dispararon rápidamente contra ellos, matando a tres o cuatro y obligando a los demás a retirarse apresuradamente hacia las habitaciones de donde habían salido.

En este instante todos los “comandos” estaban ya armados y en disposición de lanzarse al asalto.

—¡Disparen contra la puerta, hay que derribarla! —ordenó el almirante Aznar a sus soldados.

Dos hombres se arrodillaron y apuntando a la puerta del fondo empezaron a disparar rayo tras rayo contra ella, a lo largo de la unión con la jamba de metal empotrada en la pared.

Cada disparo de los fusiles eléctricos abría un limpio agujero en

la puerta de acero y, disparo tras disparo, la puerta iba siendo recortada como por un taladro.

—Bayona. Usted se quedará aquí con la mitad de los hombres cubriéndonos la retirada mientras yo bajo con el resto al sótano —indicó Miguel Ángel al contraalmirante.

Y volviéndose hacia Hilda Clover le indicó:

—Convendría que usted y su hermano se quedaran aquí también.

La muchacha no dijo nada. Uno de los “comandos” gritó:

—La puerta ya está recortada.

El almirante Aznar se abrió paso entre los hombres que llenaban el corredor. Vio que la puerta metálica había sido recortada por arriba y por los dos costados por una línea de pequeños agujeros. La puerta estaba suelta, sin duda alguna, pero se sostenía aún por alguna astilla metálica en milagroso equilibrio.

—¡Vamos allá! —gritó Miguel Ángel.

Y empuñando su fusil eléctrico se lanzó corriendo por el pasillo cruzando agazapado por delante de las puertas donde estaban los redentores.

De los cuartos de la derecha salieron restallando las descargas luminosas de los redentores, aunque sin alcanzarles.

Miguel Ángel Aznar llegó hasta la puerta. Empujó. La pesada placa de acero, de dos metros de altura por uno y medio de ancho, se movió. Pero no cedió.

En este momento Serer Clover cruzó también a la carrera por delante de los cuartos donde estaban los fusiles redentores y se estrelló violentamente contra la puerta de acero.

La puerta cedió con el empuje del almirante Aznar y el impacto del cuerpo de Serer. Los dos hombres cayeron con la puerta hacia adentro y en el mismo instante que caían pasaron restallando por encima de sus cabezas los rayos eléctricos de un par de “eternos” que estaban al pie de una pronunciada rampa.

La placa metálica de la puerta, con Miguel Ángel Aznar y Serer Clover encima, se deslizó vertiginosamente como por un tobogán abalanzándose contra los dos “eternos”, que estaban al final de la rampa.

Los “eternos” hicieron otros dos disparos contra aquel alud ruidoso que se les venía encima, sin lograr acertar a los tripulantes

del extraño tobogán. No tuvieron tiempo de apartarse. La puerta metálica les alcanzó y les derribó encima de Serer y de Miguel Ángel. La puerta, a su vez, se estrelló contra otra puerta que había al final de la rampa y se detuvo en seco.

Miguel Ángel Aznar se encontró luchando a brazo partido con un “eterno”. Éste, habiendo soltado su fusil, atenazó la garganta de Miguel Ángel con sus férreas manos, de una frialdad espeluznante. Ante sí, el valerano vio un rostro impasible, tallado en reluciente acero inoxidable. Unos ojos extraños, unos ojos desprovistos de expresión, tenían clavada en él una mirada terrible. Miguel Ángel Aznar sintió las vértebras de su cuello próximas a romperse entre los acerados dedos del monstruo electrónico…

Serer Clover, saltando en pie, descargó un terrible culatazo contra la cabeza del “eterno” que tenía cogido a Miguel Ángel.

Aunque los “eternos” habían construido sus “robots” con vistas a que duraran mucho tiempo, éstos eran unas máquinas muy sensibles y frágiles en algunos de sus puntos. El cráneo del “eterno”, separado del cuello del “robot”, cayó rebotando al suelo. Por el tubo del cuello se veían un manojo de finísimos hilos de cobre…, las férreas manos que atenazaban la garganta de Miguel Ángel aflojaron su presa. El muñeco se derrumbó ruidosamente sobre la puerta metálica que tenía detrás.

El segundo “eterno” agarró a Serer Clover por la cintura y, levantándolo en alto como una pluma, lo tiró al suelo de espaldas. Miguel Ángel Aznar alargó la mano para coger uno de los fusiles eléctricos que estaban en el suelo.

El “eterno”, que pese al golpe de la puerta no había perdido el equilibrio, rodó sobre su llanta cogiendo debajo la muñeca del almirante valerano.

—¡A mí…, a mí! —gritó una voz cavernosa, desprovista de inflexiones humanas, que parecía brotar del interior del muñeco.

Miguel Ángel Aznar, apoyó su mano izquierda en el borde del guardafangos de la extraordinaria criatura y, empujando con todas sus fuerzas hacia arriba, logró derribarle contra el ángulo que formaba el muro con la puerta del final de la rampa.

El monstruo dejó escapar un agudo silbido al caer con estruendo al suelo. Miguel Ángel Aznar saltó ágilmente en pie empuñando su fusil.

—¡No dispares..., no dispares! —gritó el monstruo con su cavernosa voz. Y agitó en el aire sus brazos tubulares y sus metálicas manos.

—¡Monstruo inmundo! —gritó Miguel Ángel. Y disparó.

El monstruo, atravesado por el pecho, quedó completamente inmóvil, con su única rueda todavía girando lentamente.

Hilda Clover bajó corriendo la rampa seguida de media docena de "comandos".

Se escuchó en este momento el atronador rugido de un claxon. Una voz llamó:

—¡Almirante Aznar..., aquí!

Miguel Ángel se volvió. La puerta tenía un angosto ventanillo defendido por sólidos barrotes y por este ventano asomaba el rostro del almirante Custozza, uno de los miembros de más prestigio del Estado Mayor valerano.

—¡Custozza! ¿Están ustedes ahí? ¿Se encuentran todos bien? ¿Y mi hermano? —exclamó Miguel Ángel. Y sin esperar respuesta, alarmados por los desaforados alaridos del claxon que sonaba arriba, apremió—: Apártense de ahí. Vamos a derribar esta puerta.

El almirante Custozza se apartó del ventanillo. Miguel Ángel Aznar miró por éste, viendo a casi un centenar de hombres y mujeres que vestían los uniformes de gala del Ejército y la Armada valerana y se apartaban apresuradamente a uno y otro lado de la trayectoria de los rayos luminosos que iban a atravesar la puerta.

Miguel Ángel Aznar disparó con su fusil eléctrico contra la cerradura de la puerta. Luego le propinó a ésta un fuerte patadón.

La puerta se abrió de par en par y el almirante Aznar entró en un amplio sótano a lo largo de cuyos muros habían sido colocadas como un centenar de camas de campaña.

Los prisioneros corrieron jubilosos a rodear a sus libertadores.

—No hay tiempo que perder —les dijo Miguel Ángel—. ¿Dónde está Fidel? ¿Y mis sobrinos?

Un súbito silencio se posesionó del alborozado grupo. Miguel Ángel vio en torno a sí rostros de expresión grave y ojos que rehuían a los suyos. El joven asió por un brazo al almirante Custozza y sacudiéndole con brusquedad dijo:

—¡Por todos los santos! ¿Qué ha sido de mi hermano y el resto de la familia?

—El superalmirante, su esposa y sus hijos fueron sacados de este sótano hace algunas horas… No hemos vuelto a saber de ellos.

—¡Maldición! —rugió Miguel Ángel crispando su mano sobre el fusil eléctrico—. ¿Creen ustedes que… que les habrán matado?

Nadie contestó.

—Si esos malditos se atreven a tocar un solo cabello de la cabeza de mi hermano o mis sobrinos… ¡bueno, maldita sea! Hemos de marcharnos de todas formas. No podemos quedarnos quietos.

Miguel Ángel ordenó a sus hombres que entregaran a los almirantes y generales las armas que, previamente metamorfoseadas, habían traído consigo.

Los “comandos” estrellaron contra el suelo medio centenar de pequeñas cápsulas de vidrio, de las cuales surgieron chisporroteando e hinchándose con rapidez otros tantos fusiles eléctricos.

Mientras los miembros del Estado Mayor General valerano recogían sus armas, se escuchaba arriba el seco restallido de los fusiles eléctricos del contraalmirante Bayona y los hombres que habían quedado cubriendo la retirada.

—¡Vamos!

Los valeranos abandonaron el sótano saltando por encima de la puerta derribada y de los dos “eternos” para remontar la rampa a la carrera y alcanzar el pasillo, donde los hombres de Bayona acababan de terminar con la resistencia de los soldados redentores que estaban en los cuartos.

El contraalmirante Bayona estaba librando una sangrienta batalla contra un grupo de policías y guardianes del edificio que estaban parapetados al final del amplio corredor por donde entraron los falsos turistas.

No era posible abandonar el Capitolio por la misma puerta por donde habían entrado. Los hombres de Bayona, entre tanto, habían metamorfoseado también sus aparatos voladores individuales o “backs”, los cuales consistían en una mochila o caja metálica que se adosaba a la espalda por medio de un correaje parecido al que usaban los antiguos paracaidistas. Los tirantes que pasaban sobre los hombros, por la cintura y entre las piernas, se unían en el pecho en una placa metálica en donde figuraban un par de botones rotativos para controlar el mecanismo del “back”.

—Vayan ustedes por delante en busca de una salida, puesto que llevan ya sus "backs" —dijo Miguel Ángel a Bayona.

Bayona salió corriendo con medio centenar de "comandos". Los hombres que habían acompañado a Miguel Ángel al sótano mantuvieron a raya a los redentores, en tanto se estrellaban contra el suelo y metamorfoseaban a su vez los "backs" que habían traído debidamente reducidos de tamaño.

Transcurrieron algunos minutos mientras los demás se adosaban su correspondiente equipo volador. Algunos hombres cayeron víctimas de los rayos luminosos del enemigo.

La situación estaba haciéndose francamente insostenible para los valeranos cuando éstos se anunciaron dispuestos a emprender la retirada.

—Vayan ustedes delante —ordenó Miguel Ángel al almirante Custozza—. Nosotros les cubriremos la retirada.

El Estado Mayor General salió del pasillo que conducía al sótano y echó a correr por el mismo camino que habían seguido antes Bayona y sus hombres.

El monumental corredor de mármol blanco estaba barrido por los rayos de "luz sólida" del enemigo. Algunos hombres y mujeres cayeron alcanzados por la espalda.

—¿Alguien tiene a mano una bomba? —preguntó Miguel Ángel.

Algunos soldados habían traído también granadas con su equipo y uno de ellos se acercó al almirante mostrándole una bomba en la mano.

—Arrójela cuán lejos pueda contra esos imbéciles —rugió Miguel Ángel.

El soldado echó el brazo atrás, salió de un salto al corredor y arrojó la bomba, volviendo a esconderse de otro salto.

¡Booom!

Una explosión atronadora sacudió hasta los cimientos del edificio. Los "comandos" se cubrieron los ojos con la mano, protegiéndolos contra el enceguecedor relámpago verdeazulado que acompañó a la terrorífica explosión.

Llamas, placas de mármol y cascotes pasaron en aulladora ráfaga por delante del pasillo donde estaban refugiados los "comandos". Un tabique cayó al suelo con estrépito.

El vivísimo relámpago atómico sólo duró una fracción de

segundo. El día les pareció más oscuro a los valeranos después del deslumbrador fogonazo. Todo el corredor estaba lleno de cascotes y losas de mármol desprendidas del techo y de las paredes.

—¡Salgamos ahora! —gritó Miguel Ángel Aznar.

Y seguido de los hermanos Clover, con el resto del grupo pisándole los talones, abandonó el resguardo del pasillo y se lanzó por el corredor saltando sobre los obstáculos que cubrían el piso.

Continuando por otro corredor llegaron hasta una rampa que subía en espiral hacia los pisos superiores. Dos "comandos" valeranos equipados con "backs" les estaban esperando allí.

—¡Arriba! —gritó uno de ellos. Y señaló al hueco que formaba la espiral de la rampa.

Miguel Ángel Aznar alcanzó jadeando el arranque de la rampa. Llevó la mano al pecho y pulsó uno de los botones que figuraban en la placa metálica del atalaje.

El "back" estaba ya funcionando. Miguel Ángel dio media vuelta al segundo botón y la caja metálica que llevaba a la espalda, creando un campo de fuerza magnética, le elevó verticalmente en el aire por el hueco de la espiral.

Todo el grupo se remontó rápidamente atravesando seis pisos sucesivos hasta que encontraron otro par de hombres que les hacían señas señalando a un enorme ventanal que se abría en uno de los muros.

—¡Por aquí!

Miguel Ángel comprendió la indicación del "comando". Detuvo el impulso ascensional y tocando con el extremo de los dedos el tercer botón de la placa dio salida a un rayo de "luz sólida" de su mochila, el cual le empujó hacia adelante por reacción.

Miguel Ángel Aznar pasó como un proyectil a través del ventanal y se vio volando sobre un patio interior del Capitolio.

Como una bandada de gavilanes, así se remontaron los "comandos" valeranos pasando sobre la cúpula del Capitolio y volando sobre Ascrea en dirección a la alta cordillera de montañas que se divisaban en la lejanía a través de la bruma. Volando a unos cien kilómetros por hora los valeranos dejaron pronto atrás los suburbios de la capital. Quince minutos más tarde se habían reunido en un solo grupo que voló raudamente en dirección a las montañas. Todo lo que necesitaban ahora los fugitivos era una

pausa de diez minutos para detenerse, metamorfosear los cazas “delta” que llevaban consigo y tripularlos antes de salir en busca de cualquiera de los túneles que comunicaban el interior de Redención con la cara exterior del planeta.

Desde los dos mil metros de altura a que volaban, el almirante Aznar divisó un valle alargado en el contrafuerte de la cordillera.

—¡Allí!

Y haciendo una seña a sus compañeros descendió hacia tierra quitando energía al “back”.

Todo el grupo se posó en el fondo del valle reuniéndose en torno al almirante Aznar.

—Los “eternos” no tardarán en alcanzarnos —les dijo Miguel Ángel—. Vayan metamorfoseando los cazas y repártanse en ellos.

Los “comandos” sacaron sus estuches de plástico y, de éstos, las capsulillas de forma oval que estrellaron contra el suelo. Mientras brillaban aquí y allá con fantástico chisporroteo las máquinas en pleno proceso de recuperación de los espacios vacíos de su materia, el almirante Aznar sacaba del bolsillo y desplegaba en el suelo un viejo mapa del mundo interior de Redención. El mapa tenía varios milenios de antigüedad, remontándose a los tiempos en que el victorioso Ejército Autómata valerano se abrió paso a través de la corteza de Redención contra la tenaz resistencia de los “Hombres de Silicio” conquistando este oculto mundo para la raza terrícola.

—Parece que la geografía de este endiablado mundo ha cambiado bastante desde que nuestros abuelos dibujaron este mapa —dijo Miguel Ángel Aznar—. No va a ser tarea fácil encontrar alguno de los viejos túneles.

Esto era verdad, hasta cierto punto. Los “eternos” habían operado notables cambios en su mundo, especialmente en su sistema hidrográfico. Pero las cordilleras de montañas seguían en el mismo sitio, y con ellas contaba el almirante Aznar para localizar alguna de las salidas al mundo exterior. Esto, contando con que los “eternos” no hubieran cegado aquellos túneles naturales para abrir otros artificiales.

Miguel Ángel estuvo estudiando el mapa cinco minutos y al levantar los ojos y mirar en derredor encontró el aspecto del valle completamente cambiado. Sesenta esbeltos y plateados “deltas” estaban esparcidos en una gran extensión de terreno, listos para ser

tripulados y levantar el vuelo.

—A los aparatos —ordenó Miguel Ángel plegando el mapa—. Hilda…, y usted, Serer, vengan conmigo.

Los “comandos” y los generales y almirantes valeranos corrieron por entre los aparatos repartiéndose en sus cabinas a razón de dos o tres por “caza”. Como todos sabían manejar estas aeronaves, la distribución no siguió patrón determinado alguno. Cada cual alcanzó el aparato que tenía más cerca.

El almirante Aznar corrió seguido de los hermanos Clover de un lado a otro hasta que encontraron un caza desocupado. Los primeros “delta” se remontaban ya en el aire cuando el almirante Aznar empuñó los mandos de la navecilla y oprimió el botón que aseguraba el cierre automático de la escotilla. Junto a él tomó asiento Hilda Clover. Serer se acomodó en el asiento situado detrás.

El almirante Aznar movió unos cuantos botones del cuadro de instrumentos. El caza se separó del suelo y ascendió verticalmente en el aire.

La segunda operación de Miguel Ángel, mientras el aparato se elevaba, consistió en calarse el juego de auriculares que extrajo de un estante del salpicadero. Conectó la radio y el sistema de radar.

Ante sí, a través del transparente frontal de la cabina, vio a los aparatos que le precedían arrancar con brusco impulso dejando tras sí dos chorros luminosos y paralelos. Miguel Ángel abrió la llave del acelerador y la máquina, impulsada por sus proyectores de “luz sólida”, salió disparada hacia adelante.

—Esta cadena de montañas deben ser los Andes Silicianos —indicó Serer Clover a espaldas de Miguel Ángel.

—Tome el mapa y vea usted si puede localizarme alguno de esos malditos túneles que llevan afuera.

Serer Clover tomó el mapa que el almirante le tendía por encima del hombro y desplegándolo sobre sus rodillas se puso a consultarlo, no sin lanzar frecuentes miradas al paisaje que se divisaba a través de los cristales de la carlinga.

Mientras tanto, Miguel Ángel Aznar lanzaba una preocupada mirada al cristal deslustrado de su pantalla de radar y el corazón le daba un brinco al ver una miríada de pequeños puntos luminosos que se acercaban velozmente al centro de la pantalla.

—¡Atención! —llamó una voz por los auriculares—. Cazas

enemigos a la vista por las cinco y media.

Mascullando una maldición, el almirante Aznar empujó con el pie el pedal de la derecha e inclinó la palanca de mando virando a estribor.

CAPÍTULO V

LOS sesenta cazas valeranos viraron en redondo haciendo frente al centenar de aparatos persecutores. Miguel Ángel Aznar apretó en su cuadro de instrumentos un botón, y un haz de rayos plateados surgió de la proa del “delta” blandiendo en el espacio como flamígeras espadas.

Miguel Ángel sabía que en el mismo instante el enemigo ponía también en acción sus proyectores de “luz sólida” y la única forma de escapar al mortal impacto de aquellas lanzadas luminosas era estar moviéndose continuamente de arriba a abajo y de un lado a otro.

Tiró de la palanca de mando hacia sí. La proa del “delta” se levantó y el caza subió como una flecha hacia el sol.

—¡Abróchense los cinturones de seguridad! —gritó Miguel Ángel. Y hundió el pedal de la izquierda.

El caza describió un viraje rápido y empezó a picar hacia tierra. Los proyectores de “luz sólida”, mientras tanto seguían funcionando volviéndose a un lado y otro cruzándose y entrecruzándose buscando las máquinas enemigas.

Mientras bajaban como meteoros hacia el suelo, el almirante Aznar se abrochaba con una mano el cinturón de seguridad. A través de los transparentes de la cabina alcanzó a ver un “delta” valerano que estallaba en pedazos, como una bomba. Otro relámpago más lejano indicaba el punto donde otros aparatos explotaban en el aire al ser alcanzados en sus motores atómicos por las lanzadas luminosas del enemigo.

Mientras restablecía la horizontal de su máquina, sintiendo el brutal tirón de las fuerzas “G” o gravitatorias, que le aplastaban contra el asiento, un rayo de “luz sólida” perforó el techo de la cabina y pasó por entre Miguel Ángel e Hilda Clover atravesando la máquina de parte a parte como un lanzazo.

La máquina siguió funcionando, aunque tenía un agujero en el techo y otro en el piso.

Dos segundos después, al virar bruscamente a babor inclinándose sobre una de sus cortas alas en forma de “delta”, el caza recibió otra media docena de impactos, uno de los cuales atravesó a la vez el cristal lateral de la carlinga, el hombro de Serer Clover y el otro cristal del lado opuesto perdiéndose a continuación en el espacio.

Serer Clover dejó escapar una ahogada exclamación de dolor y de rabia. Del hombro herido le brotaba por el agujero del calibre de una nuez un chorro de sangre.

—¡Serer, Serer! —gimió Hilda Clover volviéndose en su asiento.

Miguel Ángel Aznar se volvió sólo un instante para mirar el pálido rostro del herido.

—Tapónese el agujero con su pañuelo —indicó por encima del hombro—. Ayúdele usted, Hilda. Voy a procurar llevar el aparato lejos de aquí.

Y empujando el pedal de la derecha inclinó al caza sobre el ala de estribor virando y picando hacia el suelo.

En estos instantes, el combate aéreo alcanzaba su punto álgido y las dos fuerzas contendientes, rota su formación, giraban en el aire en furioso torbellino alejándose con frecuencia hasta doscientos kilómetros del punto donde se libraba lo más reñido de la batalla.

Inopinadamente, al volar rasando la cima de una montaña, el almirante Aznar alcanzó a ver bajo sus pies una depresión en forma de embudo semejante al cráter de un volcán apagado, sólo que la abertura circular del pozo estaba perfecta y simétricamente recortada por una obra de hormigón.

—¡Un túnel! —exclamó el valerano con voz ronca.

Y casi al instante resonaron en los auriculares que oprimían sus oídos veinte voces excitadas que preguntaban:

—¿Un túnel? ¿Dónde?

Miguel Ángel Aznar hizo virar a su máquina alrededor del cráter para mirar el paisaje que a continuación describió para sus amigos.

Los pilotos valeranos, que habían dado buena cuenta del enemigo derribando a éste casi el doble de las máquinas que ellos habían perdido, redoblaron sus esfuerzos para sacudirse al molesto persecutor y ganar altura volviendo hacia donde el almirante Aznar

les estaba esperando. Los cazas valeranos picaron hacia el gigantesco embudo, el cual no tendría menos de trescientos metros de diámetro, zambulléndose en él a ojos cerrados, confiados a la suerte y a la certera intuición del almirante Aznar.

Miguel Ángel Aznar, sin más datos para formar juicio que aquella obra de cemento que bordeaba el pozo, acertó y tuvo una gran suerte con ello. Él mismo, sin dudarlo un instante, empujó adelante la palanca de mando y se internó en el túnel rogando a Dios para que éste fuera completamente recto y no se encontrara ocupado en aquellos instantes por otras naves volando en sentido inverso.

El túnel estaba libre. El radar de los cazas, manteniendo a éstos en el centro del tubo, realizó la hazaña de conducirles a través de sus quinientos kilómetros de longitud hasta la cara exterior del planeta sin que chocaran contra ninguno de los muros de la gigantesca obra de ingeniería.

En el recorrido por el interior del túnel, el piloto automático se encargaba de la conducción mientras el almirante Aznar cooperó con Hilda en la tarea de embutir apresuradamente un par de pañuelos en el agujero que Serer Clover presentaba en el hombro.

El rayo que hirió al muchacho, por fortuna, no había interesado ninguno de los huesos del hombro. Hilda le aplicó un coagulante y le dio a tomar unas pastillas de antibióticos de las que los “comandos” llevaban en su equipo.

Bruscamente, el caza pasó de la oscuridad del túnel a la enceguecedora luz del día.

Al salir del túnel, los cazas valeranos tenían la proa apuntando al cielo, hacia el cual se elevaron con rapidez.

Miguel Ángel Aznar lanzó una ojeada al cuadro de instrumentos. Los agujeros del suelo y el techo de la cabina no le preocupaban demasiado. Podía taponarlos con tarugos de madera, y la presión interior del oxígeno se encargaría de mantenerlos en su sitio. Pero lo que ahora comprobó el almirante, no sin consternación, fue que el equipo aprovisionador de oxígeno de a bordo estaba inutilizado. Los rayos de los cazas redentores, a lo que parecía, lo habían averiado.

Lanzando un reniego, Miguel Ángel empujó la palanca hacia adelante poniendo su máquina en sentido horizontal respecto al

suelo. Casi en el mismo instante escuchó a través de los auriculares la voz del almirante Custozza que le llamaba:

—¡Almirante Aznar…, eh, Miguel Ángel! ¿Me oye usted?

—Estoy bien —repuso Miguel Ángel por el micrófono—. Es mi maldito equipo de oxígeno el que no funciona. No voy a poder seguirles hasta “Valera” por el momento. Voy a aterrizar. Procuraré reparar la avería, y si esto no es posible regresaré al bosque de los alrededores de Olimpia en donde dejamos escondidos nuestros cazas.

—Alguno de sus hombres debe llevar todavía en el bolsillo algún aparato reducido sin metamorfosear —indicó el almirante Custozza.

Y Miguel Ángel contestó:

—Es demasiado tarde para entretenerse en la habilitación de otro caza. Los redentores estarán aquí de un momento a otro. Sigan ustedes sin preocuparse de mí y ya procuraré arreglármelas solo. Al fin y al cabo, no me entusiasmaba demasiado abandonar este planeta sin saber lo que ha sido de mi hermano.

—Como usted quiera. Miguel Ángel. Pero… ¡Por Dios! No sea imprudente y procure regresar a “Valera” cuanto antes.

—Descuide usted, almirante. Hasta la vista y… ¡buen viaje!

Volaban sobre una cadena de montañas cubiertas de tupido bosque. Como esperaba ver aparecer de un momento a otro a la caza redentora, Miguel Ángel Aznar no se entretuvo en la elección del lugar de su aterrizaje. Cerró completamente la llave del acelerador, quito energía eléctrica al casco del aparato y descendió suavemente hasta que el “delta”, después de desgajar algunas ramas de árbol, golpeó suavemente contra el suelo.

Por la fuerza de la costumbre, el almirante Aznar alargó su mano hacia el salpicadero para cerrar todos los contactos. Fue entonces cuando advirtió en la pantalla de su aparato de radar la proximidad de una numerosa fuerza aérea que al parecer estaba elevándose hacia la estratosfera en persecución de los cazas valeranos.

—Tuvimos suerte después de todo —gruñó el almirante señalando a sus compañeros el cristal deslustrado de la pantalla—. Si tardamos unos minutos más en escondernos aquí, nos descubren los redentores y nos dan caza como a una inocente paloma. Bueno, muchacho. Vamos a examinar con más cuidado esa herida.

El coagulante administrado a Serer Clover había empezado a surtir efecto y Miguel Ángel Aznar pudo retirar de la herida los trapos ensangrentados. A estas alturas, después de los incesantes progresos de la medicina, una herida como la que Serer Clover presentaba en el hombro no tardaba más de 24 horas en cicatrizar y quedar completamente curada.

—Tendremos que esperar a la noche para emprender el regreso hacia Olimpia —dijo Miguel Ángel Aznar a los hermanos Clover—. Hasta que oscurezca podemos comer y descansar tranquilamente.

Estaba impaciente por llegar a Olimpia, creyendo que en esta capital podría quizá saber por los rumores lo que habría sido de su hermano y su familia.

Apenas anocheció, el almirante Aznar y los hermanos Clover volvieron a colocarse sus aparatos voladores unipersonales para emprender el regreso hacia Olimpia.

Adosados sus respectivos "backs" a la espalda, el valerano y los dos redentores se remontaron en el aire y volaron a través de la oscuridad de la noche en dirección a Olimpia. Los hermanos Clover conocían mejor la geografía de la cara exterior del planeta que la del mundo interior que acababan de abandonar. El almirante Aznar se dejó guiar por sus amigos hasta que, después de tres horas de vuelo, divisaron en el horizonte el resplandor de las luces de Olimpia.

No les fue difícil localizar desde el aire el bosque en donde al llegar a Redención habían dejado escondidos los aparatos "delta". Ahora bien, dar con las máquinas en la oscuridad y la espesura del bosque era harina de otro costal. Miguel Ángel decidió esperar hasta el amanecer, e insinuó a Serer Clover la conveniencia de que regresara a su casa tanto para tranquilizar a sus padres como para tratar de averiguar por éstos alguna noticia sobre el paradero del Almirante Mayor y su familia.

Serer Clover se anunció dispuesto a marchar:

—No se muevan ustedes de aquí, a fin de que yo pueda encontrarles al regresar —dijo el joven. Y agregó—: No tardaré más de tres o cuatro horas en estar de vuelta. Eso, a menos que…

Bajo la difusa claridad de las estrellas a la que ya estaban acostumbrados los ojos de Miguel Ángel, éste vio a los hermanos Clover cruzar una mirada de inteligencia.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Nosotros…, si no resultara demasiada complicación para usted…, quisiéramos acompañarle en su regreso a “Valera” —balbuceó Hilda Clover.

—Nada me complacerá tanto como llevarles conmigo allá —aseguró Miguel Ángel.

Pero esto no era al parecer todo lo que los Clover deseaban del almirante Aznar.

—En realidad… no es por nosotros por quien sentimos preocupación —dijo Hilda Clover—. Es a nuestros padres a quienes nosotros quisiéramos sacar de Redención antes que empiece la guerra y se vean obligados a correr la misma suerte que nuestros enemigos.

—¡Hola! —exclamó Miguel Ángel—. ¿Quién le ha dicho a usted que vaya a haber guerra?

—Supongo…, es decir, espero…

—No prosiga. Si la cosa ha de depender de mí le aseguro que habrá guerra. La habrá, sobre todo, si esos cerdos “eternos” se atreven a tocar un solo cabello de la cabeza de mi hermano o de cualquiera de sus familiares. Puede usted volver aquí acompañado de sus padres, Serer. Nuestro aparato es bastante capaz para todos. Naturalmente, usarán ustedes de todo lujo de precauciones para llegar aquí sin despertar sospechas.

—Será fácil regresar con ellos si me llevo también los “backs” de ustedes —apuntó Serer.

El almirante Aznar dijo al joven que podía llevarse también sus “backs”. El muchacho los tomó y dando las gracias al almirante por lo que consideraba un especial favor, se remontó en el aire y se perdió en la oscuridad volando hacia Olimpia.

—Es usted muy bueno con nosotros, almirante —dijo Hilda Clover al cabo de un rato—. Si consigo llevar a mis padres a “Valera” le deberemos a usted la vida.

—No diga tonterías. “Valera” le deberá a usted agradecimiento por lo que hizo. Sin su oportuno aviso, los “eternos” se habrían apoderado de nuestro orbimotor y en este momento todos nos encontraríamos en las mismas circunstancias que esos cuarenta y cinco millones de valeranos prisioneros del enemigo. Dígame, señorita Clover. ¿Por qué entre tantos millones de redentores como

fueron a “Valera”, sólo usted pensó en venir a avisarnos? ¿Hay tan pocos cristianos entre la población de estos planetas?

—Muy pocos, si se tiene en cuenta el crecido número de habitantes de Redención. La tenaz persecución de los “eternos” ha conseguido al cabo de varios siglos exterminar casi de raíz el espíritu católico de estos mundos. Sólo muy pocos continuamos profesando esta religión, y nos vemos obligados a hacerlo en secreto. Quizá haya muchos millares de cristianos en Redención. Pero yo no podría decirle cuántos. Cada católico procura transferir a sus hijos la tradición cristiana de la familia. Pero fuera del seno de la familia, nadie se atreve a preguntar al vecino o a los amigos si abrigan ideales iguales o parecidos a los suyos. Ello sería muy peligroso.

El almirante Aznar y la señorita Clover continuaron hablando durante largo rato. Inopinadamente, una sombra se cernió sobre ellos y Miguel Ángel empuñó la pistola que llevaba en el cinturón.

—¡Chist!… Soy yo, Serer.

—¡Serer! —exclamó Hilda corriendo al encuentro de su hermano que acababa de descender y se posaba en el suelo—. ¿Cómo estás de regreso tan temprano? ¿Y papá y mamá?

Serer Clover no contestó en seguida. El almirante Aznar se acercó al muchacho, pudiendo apreciar bajo la difusa claridad de las estrellas la extrema palidez del rostro del joven.

—La policía se presentó este mediodía en casa y prendió a papá y mamá —dijo Serer con voz ronca. Hilda dejó escapar una exclamación y el muchacho continuó—: Parece que alguien de nuestros vecinos os oyó cuando llamabais a la puerta y se asomó para fisgonear. Muchos de nuestros vecinos sabían que estaba en “Valera”. Después que tú y yo salimos con el almirante, aquel antipático vecino del 12 “B” vino a casa y estrechó a preguntas a papá y a mamá. Aunque ellos negaron que tú hubieras regresado, él debía estar muy seguro de haberos visto. Sencillamente: fue a la policía y nos denunció.

—¡Oh!… —gimió Hilda. Y cubriéndose el rostro con las manos se echó a llorar.

Serer le pasó su brazo sobre los hombros y la atrajo hacia sí. Miguel Ángel preguntó:

—¿Qué creen ustedes que les ocurrirá a sus padres?

Serer Clover contestó con voz cavernosa:

—La policía les habrá administrado alguna droga hipnótica. Les habrán obligado a hablar…

Hilda sollozó con más fuerza y el almirante Aznar tragó saliva.

—Voy a volver a la ciudad —dijo Serer.

—¿Qué se propone hacer, muchacho?

—Necesito saber qué ha sido de nuestros padres. No puedo marcharme sin saber de cierto qué les ha ocurrido —contestó el joven abruptamente.

—¿Cree que existe alguna posibilidad de liberarles? ¿Podría ayudarles yo en algo?

—No…, no. No quiero que usted me ayude a intentarlo siquiera. Probablemente es pura ilusión mía creer que todavía puede hacerse algo por ellos. Sobre su condición de cristianos tienen el agravante de ser padres de la chica que dio aviso a los valeranos del inminente ataque de los redentores. Eso es alta traición en todas las partes… y más aquí que en ninguna otra. Iré sólo a hacer indagaciones.

—¿Pero volverá usted aquí? ¿Cuánto tiempo habremos de esperarle?

—Espérenme hasta el amanecer. Si no he regresado para entonces y han encontrado su aparato… ¡márchense!

—¿Pero qué será de usted? —protestó Miguel Ángel—. ¿Me cree capaz de irme solo sin saber si está vivo o muerto?

—Volveré —prometió Serer Clover estrechando a su hermana—. Haré todo lo posible por estar de regreso antes del amanecer.

—Sé prudente, Serer. No quiero perderte a ti también —sollozó la muchacha al soltarle las manos su hermano.

El joven se elevó de nuevo con su “back”, cerniéndose unos breves instantes sobre los que le despedían para perderse de nuevo en la oscuridad de la noche. Hilda Clover volvió a sollozar y el almirante Aznar fue a tomarla por los hombros recostando la cabecita de ella sobre su pecho.

—Procure tranquilizarse, Hilda. ¿No sabe que sus lágrimas me hacen daño? Si sus padres mueren, yo seré el culpable de lo que pueda ocurrirles, por haberle pedido que me acompañara en esta disparatada incursión.

—Usted no me lo pidió —hipó la muchacha—. Yo me ofrecí a acompañarle. Quería sacar de este planeta a mis padres… ¡y ya ve

lo que ha ocurrido!

—Debió advertirme que tenían ustedes unos vecinos tan estúpidamente fisgones. Ganas me dan de volver a su casa y pegarle cuatro tiros a ese mamarracho que nos delató.

—¡No!…, no irá usted —exclamó Hilda. Y se aferró al almirante estrechándose contra él.

Los cabellos de la muchacha rozaban los labios de Miguel Ángel Aznar y éste experimentó una sacudida nerviosa que era totalmente inédita para él.

—Hilda, yo… no sé qué daría por librarla a usted de su aflicción. Pese a todo lo que diga, sigo sintiéndome culpable de su desgracia. ¡Maldita sea mi suerte! ¿Por qué se me ocurriría traerla conmigo?

—No es justo que se recrimine usted por cosas de las que solamente yo tengo la culpa, Miguel Ángel. No quiero que hablemos más de ello. No se lo permito.

El almirante guardó silencio saboreando el inefable placer que acababa de producirle el oírse llamar Miguel Ángel.

“Temo que me estoy volviendo cursi” —se dijo.

Pero aunque siempre le había producido horror la cursilería, esta vez encontró que también podía resultar agradable sentirse ligeramente cursi.

La larga noche redentora fue transcurriendo así con rapidez. La aurora teñía de púrpura el cielo cuando el almirante Aznar se puso en pie exhalando un suspiro. El pálido rostro de Hilda Clover iba surgiendo de la oscuridad y a Miguel Ángel le pareció entonces más bonita que nunca.

—Su hermano no regresa —dijo Miguel Ángel mirando al cielo —. Podría usted quedarse aquí mientras yo trato de orientarme y busco nuestro aparato.

La muchacha se puso en pie restregándose friolera los brazos entumecidos por el fresco del amanecer.

—Bien, vaya usted. Yo esperaré aquí.

Abandonando a la muchacha, Miguel Ángel bajó del cerro y exploró los alrededores de éste andando en círculos. Después de tres horas de caminar, cansando y desorientado, regresó al cerro en donde había dejado a Hilda Clover. Serer estaba ya de vuelta. No había podido averiguar nada acerca del paradero, así como la suerte

que habían corrido sus padres.

—Lo siento. Créame que lo siento de verdad —dijo Miguel Ángel. Y agregó—: ¿Quieren ustedes que nos quedemos por acá un par de días por si averiguamos algo?

Serer Clover, pesimista y desalentado, se negó a prolongar la espera. Había traído consigo los “backs” que se llevó al marchar y esto al fin resultó una suerte, porque según descubrió Miguel Ángel al subir de nuevo al cerro, habían venido a parar a un punto muy distante de aquel en donde dejaron escondidas las aeronaves.

Equipados de nuevo con los “backs”, los tres volaron sobre el bosque hasta que, al cabo de una hora de laboriosa búsqueda, dieron con el aparato que les había traído desde “Valera”.

El almirante Aznar entró el primero en la cabina y encendió el receptor de radio. Poco después, mientras hacían los preparativos para emprender la marcha, la voz del locutor redentor anunciaba:

“Esta mañana, al amanecer, el superalmirante Fidel Aznar y sus hijos fueron pasados por las armas en la penitenciaría de Bahía Oscura. Tanto el almirante como sus hijos habían sido juzgados por un Tribunal Militar durante la noche. Los Aznar, dando un mentís a la leyenda popular que les representa como dotados de un extraordinario valor, abjuraron de su religión y se arrastraron a los pies de sus inflexibles jueces implorando el perdón a cualquier precio. La guardia nacional se vio precisada a atarles a los postes para poder disparar contra sus cuerpos desvanecidos de terror.”

—¡Embusteros…, cobardes…, asesinos! —aulló Miguel Ángel Aznar. Y con los cabellos erizados, demudado y temblando todo él de pies a cabeza, siguió bramando insultos y amenazas contra las abominables criaturas que, con tanta tranquilidad, ejecutaban un asesinato, añadiendo al crimen la injuria y la mentira.

Los hermanos Clover tuvieron que sujetarle, murmurando palabras de consuelo que el almirante rechazó indignado:

—¡No es verdad que mi hermano ni ninguno de sus hijos se arrastrara a los pies de sus asesinos implorando una clemencia que bien sabían no habían de obtener! ¡Ningún Aznar se ha enfrentado jamás con terror a la muerte! ¡Es mentira…, mentira…, mentira!

—Naturalmente que es mentira —dijo Hilda Clover sollozando—. Eso lo dicen ellos con fines puramente propagandísticos. Pretenden demostrar que incluso los Aznar, con todo su valor y su

resignación cristiana, son capaces de sentir el mismo miedo que ellos frente a la muerte.

El almirante se cubrió el rostro con las manos para ocultar a sus amigos las lágrimas de dolor y de rabia que acudían a sus ojos. Pensó con zozobra en su hermano, en Sofía y en sus jóvenes y amados sobrinos.

—No descansaré hasta haber vengado a todos ellos —aseguró apartando las manos y mostrando su pálido rostro a los Clover.

Y esta promesa pareció tranquilizarle de pronto. Su rostro se serenó, volviendo a su piel el saludable color rosado que era habitual en él.

—Vámonos —dijo cerrando las portezuelas y empuñando los mandos de la máquina—. Ya nada nos queda por hacer aquí.

El “delta” se remontó en el aire y cruzando como una flecha la atmósfera del planeta se adentró en el lóbrego vacío sideral en busca de “Valera”, el fabuloso planetillo campeón de los oprimidos, defensor de todas las causas justas.

Al alejarse de Redención, Miguel Ángel pensaba que el inexorable destino de los Aznar se había cumplido una vez más. Otro Aznar acababa de hallar la muerte en dramáticas circunstancias.

CAPÍTULO VI

UNA agitación extraordinaria reinaba en el planetillo “Valera” con motivo del regreso de los almirantes y generales supervivientes del Estado Mayor General.

Al tener noticias del regreso de Miguel Ángel y del cobarde asesinato del almirante Aznar y de su familia, los valeranos se habían lanzado a la calle formando compactas y ruidosas manifestaciones de protesta contra el incalificable atropello de los redentores.

En todas las ciudades de “Valera”, los manifestantes se dirigieron a las cárceles donde estaban recluidos los prisioneros redentores y, sordos a todo razonamiento, intentaron arrollar a las fuerzas de la policía con la pretensión de apoderarse de los detenidos y lincharles en plena calle.

La Policía Militar, equipada con “backs” y armaduras, arremetió contra la soliviantada multitud con todos los medios puestos a su alcance; porras, gases lacrimógenos, mangas de agua fría y blindados.

En algunas capitales, el Ejército Autómata tuvo que intervenir oponiendo una sólida barrera de soldados “robot” y “tarántulas robot” contra la que se estrellaba el gentío en rugientes y amenazadoras oleadas.

En Nuevo Madrid, los manifestantes marcharon en apretadas columnas hasta la monumental Plaza de España y se encaramaron a las inconmovibles verjas de “dedona” que cercaban la fachada del edificio tremolando banderas de combate del autoplaneta y lanzando gritos de: “¡Guerra contra los redentores!” “¡Queremos ser independientes!” “¡Guíanos y venga tu hermano, Miguel Ángel!”, mezclados con otros improperios contra todos los redentores en general, y los “eternos” en particular.

En la Sala de Conferencias del Palacio Residencial, los jefes más

prestigiosos del Ejército y la Armada valerana estaban reunidos desde hacía horas, llegando finalmente a un acuerdo que se materializaba en una histórica Acta que todos los presentes firmaron con enérgicos rasgos de pluma.

Según esta Acta, los almirantes y generales de las Fuerzas Armadas valeranas, decidían:

Primero; declarar al planetillo "Valera" nación independiente.

Segundo; redactar un ultimátum conminando al Gobierno de Redención a la entrega de los cuarenta y cinco millones de prisioneros valeranos que obraban en poder de aquel Gobierno, los cuales serían canjeados por los treinta millones de prisioneros redentores que se encontraban detenidos en las cárceles de "Valera".

Tercero; nombrar al almirante Miguel Ángel Aznar, Comandante en Jefe Interino de las Fuerzas Armadas valeranas.

Cuarto; invitar a la nación valerana a participar en una consulta nacional mediante referéndum para decidir la forma de gobierno.

Esta vez, el almirante Aznar no había encontrado resistencia en sus colegas. Al menos en un punto estaban todos de acuerdo. El Gobierno de Redención debía devolver sanos y salvos a los cuarenta y cinco millones de prisioneros valeranos.

Respecto a la declaración de independencia existía casi idéntica unanimidad.

Una minoría propugnaba la inteligencia con las organizaciones cristianas de Redención, encaminadas a destruir la hegemonía de los "eternos", sobre la vida y derechos de los vivos. Pero una mayoría encabezada por el Almirante Aznar entendía que esto era perder el tiempo.

Los "eternos", que detentaban el poder gubernamental y mantenían el control sobre todos los recursos económicos y bélicos de la República Federal Redentora, jamás se dejarían destruir sin ofrecer resistencia.

—Y los mismos vivos les ayudarían —añadió Miguel Ángel Aznar— porque los redentores han perdido la fe y el temor de Dios, y no aspiran sino a convertirse a su vez en otros monstruos encefálicos como los que nosotros queremos destruir.

El Estado Mayor General convino que no existía la más remota posibilidad de llegar a un acuerdo amistoso con los redentores. Un

abismo espiritual separaba a estos dos pueblos que surgieron del mismo tronco terrícola. La separación de “Valera” como estado libre e independiente se hacía indispensable.

En consecuencia, se aprobó la declaración de independencia.

Los valeranos, al escuchar por los altavoces y los receptores de radio el comunicado oficial de las deliberaciones, estallaron en un estentóreo ¡hurra! entregándose a las más gráficas manifestaciones de júbilo. Entonando himnos patrióticos, agitando banderas y pancartas, los valeranos se lanzaron a la calle dándose abrazos y felicitándose mutuamente.

A la misma hora en que el pueblo de “Valera” vivía la hora más decisiva de su historia, el almirante Aznar, promovido a Almirante Mayor provisional de las Fuerzas Armadas valeranas, se encontraba junto a la cabecera del lecho en donde doña Irene Polaris yacía víctima de un ataque al corazón.

No había sido posible ocultar a la ilustre dama el trágico fin de su hijo, junto con su nuera y todos sus nietos. Doña Irene había sufrido un colapso, y la doctora Castillo y los más notables facultativos de “Valera” hacían desesperados esfuerzos para reanimarla.

Aunque doña Irene se recobró de aquel ataque, los doctores desesperaban de salvarla.

Obstinadamente, la señora Aznar se negaba a aceptar el corazón artificial que habría podido prolongar su vida. Quizás doña Irene estaba cansada de vivir.

—El golpe ha sido demasiado rudo —dijo la doctora Castillo a Miguel Ángel.

—Si ella muere, será otra víctima que añadir a la lista de los inocentes que claman venganza —dijo Miguel Ángel sordamente.

Mientras tanto se había enviado por radio el ultimátum de la nación valerana al Gobierno de Redención. Y como para dar fe de la inquebrantable decisión que animaba al inquieto enano celeste, “Valera” abandonó su órbita y marchó hacia el gigantesco “Redención” con aquella decisión que debió iluminar el rostro de David al salir al encuentro del formidable Goliat.

Cesaron en este mismo instante a bordo de “Valera” las exaltadas demostraciones de júbilo. La calma volvió a posesionarse de los ánimos excitados.

Durante veinticuatro horas, mientras transcurría lentamente el plazo del ultimátum, un silencio y una quietud realmente extraordinarios reinaban en todo el planetillo. Toda la tripulación de “Valera” era, de hecho, personal militante, quedando sólo en las casas los ancianos y los niños. Las populosas urbes aparecían casi desiertas y la falta de luz solar, que se hacía de notar principalmente fuera de las ciudades, contribuía en no poca manera a crear un ambiente triste y expectativo. Hacía frío.

El asfalto de las monumentales avenidas de Nuevo Madrid aparecía mojado y desierto cuando el almirante Aznar aterrizó con su falúa en la azotea del Palacio Residencial. Hilda Clover le acompañaba.

La llegada del Almirante Mayor a Nuevo Madrid coincidió con la expiración del plazo dado al Gobierno de Redención para presentar una respuesta al ultimátum.

Miguel Ángel Aznar fue derecho a su despacho oficial. El almirante Custozza y otros altos jefes del Ejército y la Armada le esperaban reunidos allí.

—¿Hay alguna respuesta a nuestro ultimátum? —preguntó Miguel Ángel.

—Ninguna —le respondieron.

El Almirante Mayor consultó su reloj.

—Bien —dijo—. Ha expirado el plazo. Como me temía los redentores dan la callada por respuesta. Tal vez piensen que mientras tengan en su poder a cuarenta y cinco millones de nuestros hermanos no nos atreveremos a bombardear y destruir sus ciudades.

—Lo que, al fin y al cabo no es una suposición errónea —farfulló el almirante Custozza. Y agregó—: ¿Quién de nosotros osaría destruir una ciudad sabiendo que en ella están cautivos varios centenares de miles de nuestros propios hijos, hermanos y parientes? Prácticamente, no existe en “Valera” hombre y mujer que no tenga algún familiar cautivo en Redención.

—Atacaremos de todas formas. Respetaremos las ciudades enclavadas en la superficie de “Redención”. Después de todo no son las ciudades de los vivos las que queremos destruir, sino las de los “muertos” encerradas en el interior hueco de “Redención” y “Solima”.

Custozza y el resto de los altos jefes asintieron con mudos

movimientos de cabeza.

—Bien —dijo el Almirante Mayor exhalando un suspiro—. Vamos abajo.

"Abajo" en el lenguaje militar de Miguel Ángel Aznar, era la Cámara de Control del autoplaneta, emplazada a varios metros de profundidad bajo los cimientos del grupo arquitectónico que formaba el Palacio Residencial con el Almirantazgo y la Comandatura del Ejército. En la Sala de Control los quinientos técnicos y los mil quinientos controladores de la dotación ocupaban sus puestos. Inactivos por el momento charlaban unos con otros produciendo un murmullo como de avispero. Cuando el Almirante Aznar cruzaba el vestíbulo, un altavoz gritó:

—¡Atención, el Almirante Mayor!

Inmediatamente cesaron las voces. Se produjeron unas cortas carreras de controladores que regresaban apresuradamente a sus puestos, y a continuación un silencio abrumador.

En medio de este silencio el Almirante Aznar recorrió los cuarenta metros de pasillo entre los pupitres de los controladores hasta el círculo central donde se levantaba el "puente de mando". Solamente Miguel Ángel Aznar subió por la escalera hasta la plataforma. Desde allí, descubierta la cabeza, como un rubio Napoleón, tendió su vista por encima del parapeto formado de pantallas de televisión.

Por encima de las cabezas de los controladores, que esperaban expectantes mirando a su comandante, en todo alrededor de la sala, Miguel Ángel podía ver un círculo de enormes pantallas cubriendo los muros. Cualquier punto de dentro o de fuera del planetillo podía ser conectado al instante con cualquiera de las grandes pantallas murales o el círculo de pantallas de televisión que el comandante tenía alrededor.

En el centro del puente de mando se veía una butaca giratoria tapizada de cuero negro, y sobre ésta, descolgándose del alto techo, un juego de media docena de micrófonos.

Alzando una mano y tirando de uno de los colgantes micrófonos, Miguel Ángel lo acercó a sus labios.

—Luces —dijo el Almirante.

Las luces se atenuaron gradualmente en toda la Sala de Control, quedando solamente un vago resplandor rojizo al que, no obstante,

pronto se acostumbraron los ojos.

—Adelante, que salga la Flota —ordenó Miguel Ángel.

La salida de un millón de buques al espacio era una tarea larga y que exigía un orden riguroso. Todas las unidades tenían que estar perfectamente sincronizadas para que no se produjeran colisiones a la entrada de los túneles, y para que el ritmo no se interrumpiera una sola vez. Normalmente, nunca se tenían todas las flotas en las bases del interior de VALERA, especialmente cuando se recelaba una intervención rápida de la Armada. Pero éste no era el caso actual.

El autoplaneta había llegado a Redención sin adoptar medidas especiales de seguridad, pues nada había que temer de los redentores, o esto al menos era lo que los valeranos creyeron en un principio. En esta ocasión la mayor parte de la Armada estaba en sus bases del interior del planetillo y se tardaría no menos de diez días sacar todos los buques afuera.

La formidable máquina de guerra que era VALERA se puso en marcha. El mismo autoplaneta, abandonando su órbita fija distante treinta millones de kilómetros de Redención, empezó a moverse en círculos cada vez más estrechos alrededor del planeta.

Después de una semana de febriles preparativos, con la mayor parte de la Armada Sideral en el espacio y el Ejército Autómata a bordo de los transportes, la máquina de guerra estaba preparada para asestar su primer golpe o rechazar los golpes que les llegaran del enemigo.

"Valera", entretanto había estrechado su órbita alrededor de "Redención" y, añadiéndose a éste como un satélite, daba origen con su fuerza de atracción a grandes mareas que desbordaron los océanos del planeta.

Las perturbaciones físicas de Redención, originadas por la proximidad de "Valera" y que comprendían también retrasos en su período de rotación, formaba parte de un plan preconcebido.

El propósito de los valeranos era alarmar al enemigo y ponerle nervioso con la creciente proximidad de "Valera", incitándole a salir al espacio y presentar batalla.

Hora tras hora, el planetillo "Valera", que aunque de mayor tamaño, tenía la misma densidad de un globo macizo del tamaño de la Tierra fue cerrando más sus vueltas en torno a Redención.

Con los grandes telescopios electrónicos de los observatorios valeranos, podía verse la superficie de Redención asolada por grandes inundaciones y violentos huracanes. En su interior hueco, aunque fuera del alcance de la vista de los valeranos, podía calcularse que ocurría positivamente otro tanto. Los mares interiores de Redención, afectados también por la creciente atracción del planetillo, debían estar originando desastrosas inundaciones.

Y “Valera”, inflexible y tesoneramente, seguía estrechando sus círculos en torno al gigante. Allá por donde pasaba, levantaba las tierras y las aguas de los mares de Redención, con más frecuencia a medida que sus vueltas se hacían más cortas y progresivamente rápidas.

—¿Cree usted que los redentores saldrán al fin a pelear? —preguntó Hilda Clover al Almirante Mayor.

—Seguro que saldrán. Nosotros podemos permanecer indefinidamente dando vueltas alrededor de su mundo perturbándoles hasta el extremo que lleguen a creer que Redención va a saltar en pedazos. Cuando sus nervios no puedan resistir más inundaciones y tempestades, entonces verá usted cómo salen a luchar cara a cara.

La profecía de Miguel Ángel se cumplió 24 horas más tarde. En aquellos momentos, Valera giraba tan cerca de Redención que hasta los astrónomos valeranos habían puesto el grito en el cielo recordando a los señores almirantes que no podían jugar con el planetillo como si éste fuera una pelota de goma. Y demostraban con cálculos matemáticos que estaban rebasando los límites más allá de los cuales era inevitable una desastrosa colisión entre los dos mundos.

Miguel Ángel Aznar, con una sangre fría rayada en la inconsciencia contestó:

—¡Magnífico! Calculo que los sabios redentores habrán llegado por el álgebra a la misma pesimista conclusión de ustedes. Por lo tanto, y siendo así que se sienten tan apegados a la existencia, no tardaremos en verles saltar de su madriguera.

Minutos más tarde, los altavoces distribuidos profusamente por todas las aulas de la cámara de derrota del autoplaneta anunciaban:

—¡Atención! Importante fuerza sideral enemiga a la vista.

La Armada Sideral valerana, desplegada en torno a su planetillo base, continuó girando con éste en torno a Redención. Los papeles se habían cambiado ahora. Los redentores se disponían a atacar y los valeranos les esperaban arrimados al seguro amparo de las baterías antiaéreas de "Valera".

La Armada Sideral redentora, integrada por más de un millón de cruceros de combate, salvó la corta distancia que le separaba de "Valera", y pareció detenerse indecisa.

—¡Vacilan! —gritó Miguel Ángel Aznar excitadamente. Y añadió —: ¡Éste es el momento!

El almirante Custozza empuñó un micrófono y gritó:

—¡A todos los almirantes jefes de la Armada Sideral valerana! ¡Lancen!

Cada crucero sideral de la Escuadra valerana expulsó por sus tubos diez andanadas de diez torpedos cada una; cien torpedos por buque que inmediatamente explotaron desparramando cada uno un millar de pequeños objetos chisporroteantes que se metamorfosearon en cien mil millones de cazas "delta" que, dirigidos por control remoto desde los buques que los habían lanzado, salieron rápidamente contra la Escuadra redentora.

La Armada Sideral redentora lanzó también y todo el espacio se cubrió con los 200.000 millones de cazas de uno y otro bando que giraban furiosamente haciendo cabriolas y cruzando y entrecruzando sus mortíferos rayos de "luz sólida".

La batalla sideral había comenzado y nadie podía predecir en aquel momento cuál sería el resultado de la misma.

Sin embargo, después de los primeros minutos de lucha ocurrió un hecho insólito en los anales de las batallas siderales. La escuadra de cruceros de combate que había lanzado a los cazas redentores, dieron media vuelta y se alejaron hacia Redención.

Tamaña estupidez sólo cabía en las mentes ofuscadas de unos hombres que sobreestimaban el valor de su propia existencia. Los almirantes redentores que no eran sino cerebros de almirante tripulando máquinas "robot", optaron por poner en seguridad sus deleznables cerebros. Quizá pensaron que no era sensato exponer sus vidas en la batalla mientras millones de otros "eternos" permanecían bien resguardados en el interior hueco de su planeta.

Los almirantes de la Armada Sideral valerana asieron esta

ocasión por los cabellos.

—¡Atrás! —gritó Miguel Ángel Aznar por su radioteléfono—. A todos los almirantes de la flota valerana. ¡Retrocedan hacia la base! ¡Procuren que el enemigo siga hasta el alcance de las baterías de nuestro autoplaneta!

Desde los cruceros siderales situados a una distancia intermedia entre la superficie de “Valera” y el punto donde estaba librándose la batalla, cada jefe valerano impartió órdenes completas a su flota. Y sin dejar de luchar, astuta y arteramente, los cazas valeranos se acercaron más en sus amplios virajes hacia “Valera”, atrayendo consigo a los cazas redentores que, abandonados de sus almirantes, luchaban por su cuenta y razón dejándose inspirar de puro e intrínseco sentido táctico que los constructores de la flota habían inculcado en los cerebros electrónicos que tripulaban aquellas aeronaves.

Al aproximarse a la superficie de “Valera” sin dejar de combatir, la superioridad material continuaba favoreciendo a los redentores. La cosa, no obstante, cambió cuando las baterías de “luz sólida” emplazadas en la cara exterior del planetillo se unieron a la refriega disparando rayos perforantes contra todo caza redentor que se ponía a su alcance.

Durante cinco horas consecutivas crepitó la apocalíptica batalla sideral en torno al autoplaneta “Valera”. Para entonces, la escuadra redentora estaba demasiado lejos para poder ejercer un control eficaz sobre sus escuadras de combate que, abandonadas a su propia suerte, peleaban con tenacidad digna de mejor causa.

Al cabo de estas cinco horas de combate, la superioridad numérica de las fuerzas valeranas empezó a hacerse sentir de una manera progresivamente rápida. Porque en las modernas batallas siderales, donde no existía en la práctica superioridad bélica por ninguno de los bandos contendientes, el número era el factor que decidía la victoria del lado del más fuerte. Y los valeranos, aunque habían comenzado con menos aparatos, habían logrado nivelar esta diferencia de fuerzas haciendo intervenir en la lucha al gigantesco planetillo-base con sus formidables defensas antiaéreas de superficie.

Aunque la batalla tardó cinco horas en nivelarse, bastó una hora escasa para precipitar el final de la Armada Sideral de la República

Federal redentora.

A bordo de los buques de la Armada Sideral valerana, y por todos los receptores de radio y televisión de “Valera” se escuchó simultáneamente la voz del almirante Aznar al comunicar esta grata nueva:

—“Habla el Almirante Mayor. La flota del enemigo acaba de ser total y definitivamente destruida. La victoria es nuestra.”

El efecto de estas palabras, dichas con afectada serenidad e indiferencia, fue ruidoso e instantáneo lo mismo a bordo de los buques de combate que de uno a otro extremo del interior del autoplaneta. El circuito de altavoces dejó oír las vibrantes notas del himno nacional valerano, coreado por millones de gargantas roncas de emoción. En todos los campamentos militares esparcidos por la cara interior del planetillo, así como a bordo de los gigantescos transportes del Ejército Autómata, como en las ciudades casi desiertas, los valeranos lanzaron estruendosos ¡hurras! abrazándose unos a otros en una repetición de aquella escena de delirante entusiasmo que unos días atrás siguió a la declaración de independencia del planetillo.

Mientras tanto, desde la sala de control, el almirante Miguel Ángel Aznar empuñaba un teléfono y daba la siguiente orden:

—Del Almirante en jefe de las fuerzas Armadas valeranas a los generales jefes del Ejército Autómata. ¡Adelante los transportes!

De la árida superficie exterior de “Valera”, surgiendo de la capa de polvo que los años de inactividad habían amontonado sobre ellos, empezaron a elevarse los gigantescos “discos volantes” del formidable Ejército Autómata.

Trescientas enormes máquinas de doce kilómetros de diámetro, de forma lenticular, se alejaron de “Valera” rodeadas por un enjambre de cazas, avanzando en formación abierta hacia el gigantesco planeta redentor.

Veintidós horas más tarde, en el mismo momento que la Armada Sideral valerana iniciaba las operaciones preliminares de limpieza atacando y destruyendo sistemáticamente las defensas antiaéreas sobre la cara exterior de Redención, un excitado oficial entró en el despacho del Almirante mayor con un telegrama que rezaba:

“Del presidente de la República Federal redentora al Almirante mayor de la Armada Sideral y comandante en jefe de las fuerzas

Armadas valeranas. El presidente de la R.F.R. tiene el honor de saludar a su excelencia y propone a ésta un alto el fuego de 24 horas para proceder a una deliberación con vistas a la devolución de los prisioneros valeranos, entrevista que puede celebrarse a bordo de un transporte de tropas redentor en cualquier punto del espacio situado a distancia media entre Redención y "Valera". Atentamente le saluda y espera su respuesta Octavo Drieste, presidente."

Miguel Ángel Aznar leyó de carrerilla el mensaje y levantó sus ojos hasta el satisfecho rostro del almirante Custozza y los demás jefes que le rodeaban.

—¡Vaya! —exclamó Custozza—. Será muy interesante escuchar las excusas que esos monstruos tengan que ofrecernos. Porque usted no habrá pensado rechazar esa proposición ¿verdad?

—No —repuso Miguel Ángel—. Sólo que no la aceptaré, sino con algunas condiciones. Primero; no habrá tregua. Nuestra Armada seguirá atacando las defensas del enemigo, y el ejército continuará en sus preparativos de desembarco. Segundo; la entrevista no tendrá lugar en un punto cualquiera del espacio, sino aquí mismo, en "Valera". Y tercero; habrá de ser el propio presidente Drieste quien venga a entrevistarse conmigo.

—Quizá ellos no quieran aceptar unas condiciones tan humillantes —apuntó un general.

Y Miguel Ángel contestó:

—Esté seguro que aceptarán, aunque tal vez les cueste decidirse.

Y como todo iba de buena armonía en "Valera", al contrario de lo que siempre ocurría cuando las cosas no andaban muy bien, se contestó al radio del Gobierno redentor con otro radio redactado en los tajantes términos dictados por Miguel Ángel Aznar.

Como los valeranos esperaban, la respuesta del presidente redentor tardó en llegar; unas diez horas aproximadamente. Y fue sin duda el tenaz y continuado ataque de la Armada Sideral valerana y los primeros desembarcos de tropas del ejército "robot" quienes le animaron a contestar:

"El presidente de la R.F.R. acepta la invitación del almirante Aznar y se entrevistará con él a bordo del autoplaneta "Valera" dentro de cincuenta horas en la seguridad de que el almirante Aznar respetará las reglas que el Derecho Universal impone a las

delegaciones de tregua.”

—El miedo a que les juguemos una mala pasada atormenta a nuestro ilustre presidente —comentó Miguel Ángel irónicamente. Y tomando un lápiz escribió rápidamente su respuesta en un pedazo de papel:

“LE ESPERO.”

—¿Nada más? —preguntó el almirante Custozza.

Y Miguel Ángel contestó:

—Nada más para el presidente Drieste. Para nuestro Ejército Autómata aconsejo una orden de suspender las operaciones de desembarco.

—¿A qué se debe este cambio de opinión? —preguntó Custozza.

—Si los redentores nos devuelven nuestros prisioneros no veo que haya necesidad de continuar en nuestro ataque. He meditado sobre el asunto, y he sacado la conclusión de que no podemos aniquilar a los “eternos” sin aniquilar también a los 70.000 millones de vivos que habitan en Redención. Los vivos, aspirantes a convertirse a su vez en “eternos”, puede que no intenten defender a éstos y se acojan hipócritamente a nuestra caridad cristiana. Es posible que tras muchos esfuerzos y sacrificios consigamos destruir a los “eternos” pero ¿qué habremos sacado con ello? Cuando “Valera” se aleje de estos planetas malditos, los vivos que queden en ellos reanudarán sus prácticas diabólicas alojando sus cerebros en máquinas “robot”. No hay forma de poder impedir esto, a menos que aniquilemos junto con los “muertos” a todos los vivos de estos planetas. Y eso quizá pudiéramos hacerlo, sólo que antes habríamos de preguntarnos si tenemos derecho moral a erigirnos en jueces de esta humanidad corrompida, y arrogarnos la opción a destruirles.

El almirante Custozza miró uno por uno los graves rostros de sus colegas. Luego volvió sus ojos hacia Miguel Ángel Aznar y dijo:

—Hijo mío, puede que jamás nos haya unido a todos los valeranos un sentimiento más sincero que éste de eludir tomar una resolución que no es pertinente en seres que se llaman humanos y cristianos. Si los redentores han perdido su fe en una vida eterna más allá de la muerte, cosa suya es que sigan en el pecado y que reciban de la mano de Dios el castigo que su abominación merece. Por lo tanto, si los redentores acceden a devolvernos nuestros prisioneros…, queden en paz en mala hora y sigamos nosotros

nuestro camino.

Este acuerdo unánime pareció quitar a Miguel Ángel Aznar un terrible peso de encima. Él, ciertamente, deseaba vengar a su hermano y sus sobrinos. Pero no al costo de 70.000 millones de seres a quienes Dios había dado la vida y sólo Dios tenía atribución para quitársela.

Las operaciones de desembarco del Ejército Autómata valerano fueron suspendidas. Cuarenta y ocho horas después se anunciaba en la cámara de derrota del autoplaneta la proximidad de un "disco volador" de la Armada redentora. La delegación redentora que tripulaba este transporte solicitó permiso para entrar en "Valera".

El permiso fue inmediatamente concedido y un crucero sideral se destacó del "disco volante" y se introdujo en uno de los gigantescos tubos del planetillo.

La aeronave redentora, siguiendo las instrucciones que se le daban por radio, entró en el interior hueco de "Valera" y fue a tomar tierra en el astródromo de Nuevo Madrid.

Desde su despacho del Palacio Residencial de Nuevo Madrid, el Almirante mayor y sus más íntimos colaboradores seguían a través de un televisor los movimientos del crucero redentor que acababa de aterrizar.

Una portezuela se abrió en un costado del buque y una rampa de acero quedó tendida entre la nave y el suelo. Una fantástica silueta, un "robot" provisto de brazos articulados que cabalgaba sobre una sola rueda, salió por la portezuela y rodó por la rampa centelleando sus superficies cromadas bajo el haz de los reflectores que iluminaban la escena.

Otras diez alucinantes criaturas de acero inoxidable se apearon del buque. Un modesto sargento de la Armada Sideral valerana, desaseado y malhumorado, salió al encuentro de los ilustres visitantes mecanizados.

El "eterno" que había bajado por la rampa en primer lugar clavó en el sargento la fría mirada de sus ojos electrónicos y preguntó con voz cavernosa, desprovista de toda inflexión humana:

—¿No ha salido a recibirnos la delegación valerana?

El sargento miró de arriba abajo a la máquina de reluciente acero.

—Ustedes deben de ser esos tíos que vienen a entrevistarse con

nuestro superalmirante ¿no es cierto? —preguntó el sargento lanzando un escupitajo contra la inmaculada llanta de uno de los “eternos”. Y añadió entre dientes—: Bien. El superalmirante les espera en Nuevo Madrid. Vayan ustedes allá si quieren verle.

—¿Dónde están los automóviles?

—¿Y para qué demonios quieren ustedes un automóvil? —gruñó el sargento—. ¿No tienen ustedes ruedas para servirse de ellas? La carretera está allá. No creo que vayan a cansarse mucho andando en motocicleta, aunque tenga una sola rueda.

Los regocijados almirantes y generales valeranos no supieron de las aventuras que sus ilustres visitantes corrieron en plena carretera. Fue el caso que llegaron a la ciudad espantosamente sucios de lodo y mostrando algunas raspaduras que parecían indicar algún que otro percance sufrido en el camino.

Los once “eternos” atravesaron las desiertas calles de Nuevo Madrid en pos de un automóvil de la policía que les guió amablemente hasta la Plaza de España.

Poco después, la delegación redentora salía de un ascensor y rodaba por un pasillo entrando en la sala de conferencias del autoplaneta.

Miguel Ángel Aznar ocupaba la cabecera de la larga mesa en donde se sentaban, a un lado y a otro, algunos miembros del Estado Mayor General.

—Su excelencia —dijo la cavernosa voz del presidente Drieste— podrá tal vez explicarnos esta incalificable falta de corrección. No somos motocicletas como ha dado a entender uno de sus hombres allá en la base. Nuestra dignidad se siente afrentada en grado que su excelencia no puede ni imaginar.

—Tomen asiento y olviden lo ocurrido —contestó Miguel Ángel amagando una sonrisa regocijada. Y exclamó—: ¡Perdón! Olvidaba que sus excelencias no pueden sentarse. La vida dentro de esas aceitosas máquinas debe ser realmente incómoda.

—No hemos venido a hablar de nuestras máquinas —dijo la cavernosa voz del presidente Drieste—. Si hemos accedido a venir, es porque consideramos en justicia que los prisioneros valeranos deben ser puestos en libertad si por causa de ellos ha de entablarse una lucha fratricida entre el pueblo valerano y el pueblo redentor. La nación redentora no siente animadversión alguna contra sus

hermanos. Valeranos y redentores profesan ideas muy distintas, debido quizá a que los valeranos viven en un lamentable atraso mientras que sus hermanos los redentores han progresado continuamente ensanchando su cultura. El Gobierno de Redención tiene que reconocer que existe un abismo de siglos entre nosotros, y que nada puede llenar ese vacío excepto una mutua comprensión hacia nuestros respectivos problemas. Por lo tanto, nuestro Gobierno está dispuesto a conceder la autonomía a "Valera", siempre y cuando "Valera" se aleje de este sistema solar renunciando a toda intervención en los asuntos redentores.

Miguel Ángel Aznar midió de una despreciativa mirada al singular personaje que tenía ante sí.

—"Valera" —dijo— ha optado por su independencia y la ha conseguido ya sin hacer concesiones ni promesas de ninguna clase al Gobierno de Redención. De tal forma, que nada de lo que se acuerde aquí estará condicionado a la independencia que los redentores presumen de habernos entregado. "Valera" ciertamente, ha desistido de intervenir en los asuntos internos de Redención. No porque éstos no le interesen, sino porque considera que sólo Dios puede poner fin a la abominación de los redentores. Todo lo que queremos es que se nos devuelva a los prisioneros que el Gobierno de Redención tomó sin justificación alguna. "Valera" zarpará de este reino solar, y en verdad que lo hará muy gustoso luego que estén a bordo de él todos los valeranos.

El presidente Drieste contestó diciendo que se congratulaba de esta decisión de los valeranos. Estaba dispuesto a devolver a todos los prisioneros valeranos canjeándolos por los prisioneros redentores que obraban en poder de "Valera".

Se fijaron a continuación los términos precisos para el canje de prisioneros. Los mismos transportes de tropas que llevaran a Redención a los prisioneros redentores tomarían a bordo los 45 millones de valeranos cautivos en Redención.

—Y ahora, si todo está acordado, ruego al presidente me señale con el dedo a aquel de ustedes que en la escala política o militar sea el más inferior en categoría.

El presidente de los "eternos", aunque sorprendido sin duda, señaló a uno de los miembros de la comisión que había permanecido en segundo término durante la entrevista. Miguel

Ángel Aznar se dirigió a este individuo y le dijo:

—¿Tendrá usted la bondad de salir un instante de esta sala?

El “robot” volvió la cabeza hacia el presidente Drieste. La voz cavernosa de éste dijo:

—No sé qué se propone el almirante Aznar, pero obedezca usted.

La extraordinaria máquina giró sobre sí misma y rodando con suavidad y silencio salió por la ancha puerta de la sala de conferencias al corredor contiguo.

Los ojos electrónicos del presidente Drieste permanecían fijos en el impasible rostro del almirante Aznar.

—¿Debo entender que el almirante Aznar desea decirnos algo que no deba oír el hombre que ha salido? —preguntó el “robot”.

Y Miguel Ángel Aznar contestó:

—Sólo deseo hacerle una pregunta, excelencia. ¿Fue usted quien, como jefe del Gobierno ordenó la ejecución de mi hermano junto con su esposa y sus hijos?

—Ese tema no figura en el programa de discusiones de esta entrevista —contestó la voz sin inflexión del “robot”.

—Tampoco figuraba entre las previsiones de mi hermano tener que morir fusilado en Redención sin haber cometido delito alguno. Debe saber el presidente que juré vengar a mi hermano y mis sobrinos, y que un Aznar jamás deja sin cumplir una promesa. Ahora bien, como no puedo tomar venganza en toda la nación redentora, voy a hacerlo AHORA MISMO, en las personas de aquellos que ordenaron su ejecución.

Y sacando la mano que ocultaba bajo la mesa, Miguel Ángel Aznar mostró una pistola eléctrica con la que encañonó a los paralizados “eternos”.

—¡No! —gritó la cavernosa voz del presidente Drieste—. ¡No puede usted hacer eso! ¡Hemos venido aquí amparados en el derecho de inmunidad que la ley concede a los parlamentarios!

—Me da mucha risa oír hablar a ustedes de unos derechos que son patrimonio de los seres humanos y ningún “robot” puede comprender, aunque esté tripulado por el cerebro de hombre. Vea usted cómo no existe sino una engañosa eternidad en su presunción y orgullo.

El almirante Aznar oprimió el gatillo de la pistola. Un rayo

luminoso cruzó el aire restallando como un látigo. La máquina tripulada por un cerebro del presidente Drieste fue alcanzada en mitad del pecho del reluciente acero y cayó hacia atrás.

Lanzando terroríficos silbidos, los nueve monstruos restantes llevaron sus manos hacia una pequeña hornacina que acababa de abrirse en sus flancos metálicos. Los almirantes y generales valeranos saltaron en pie y se arrojaron sobre ellos entablándose una furiosa batalla a puñetazos, embestidas y porrazos.

Una docena de soldados de la guardia personal del Almirante mayor se precipitaron en la sala de Conferencias y entre todos sujetaron a los furiosos monstruos mecánicos.

—Voy a concederles a ustedes el peor de los dones que podrían agradecerme —les dijo Miguel Ángel Aznar cuando los tuvo inmovilizados y en fila al otro lado de la mesa—. Vivirán todavía algunos días para que puedan sentir el horror a su próximo fin el arrepentimiento de su monstruosa aberración. Morirán fusilados al amanecer…, al amanecer de “Valera”, que tendrá lugar cuando nuestra lámpara solar empiece a funcionar de nuevo.

EPÍLOGO

EL sol artificial de “Valera” volvía a brillar con toda su fuerza derritiendo el hielo y arrancando vaharadas de vapor de los húmedos bosques y los grandes lagos del interior hueco del planetillo. La sentencia implacable del almirante Aznar habíase cumplido sólo unos minutos antes y junto a las tapias de un presidio cercano a Nuevo Madrid yacían completamente inmóviles once máquinas de extraña concepción acribilladas a agujeros.

El cerebro del presidente Drieste había vivido lo suficiente en el interior del cráneo de su máquina para asistir presa de patético terror a su propio fin.

La muerte del presidente no había impedido el cumplimiento de las promesas que se hicieron durante la entrevista. El delegado superviviente que Miguel Ángel hizo salir de la sala de conferencias había regresado a Redención para dar cuenta de lo ocurrido. El Gobierno de Redención integrado exclusivamente por “eternos” que eran demasiado egoístas para tomar en cuenta la fechoría de Miguel Ángel Aznar se apresuró a devolver los 45 millones de valeranos prisioneros, puntualmente canjeados por los prisioneros redentores.

La llegada de los prisioneros a “Valera” coincidió con la rehabilitación de la lámpara solar y el regreso de todas las fuerzas Armadas que habían tomado parte en el ataque contra Redención.

Pocas horas después, desde su despacho oficial, Miguel Ángel Aznar empuñaba un teléfono y ordenaba a la cámara de derrota:

—Del Almirante Mayor al primer oficial de derrota. Pongan en marcha las máquinas. Zarpamos. Rumbo… a lo desconocido.

El Almirante mayor colgó el teléfono y levantó sus ojos hasta el bello rostro de Hilda Clover. Muchas cosas tenía que decirle el almirante a la dulce muchachita que con su lealtad y en riesgo de su propia vida salvó al autoplaneta y a la nación valerana de caer en una trampa mortal.

Y mientras el almirante resolvía su pequeño conflicto sentimental, el autoplaneta “Valera”, poniendo en marcha sus gigantescos motores, se apartaba de Redención para adentrarse en las inconmensurables y misteriosas profundidades del espacio infinito. Los hombres que lo tripulaban, desligados de todo nexo moral y afectivo con aquel que hasta entonces habían considerado su legítimo Gobierno, iban a vivir en adelante su propia existencia volando a través del cosmos para seguir ostentando el título de campeón de las más descabelladas y justas empresas. Dónde iban no les importaba. Todo el mundo era su propio mundo y todo el Universo estaba al alcance de sus posibilidades infinitas. El porvenir se abría tentador ante su inabarcable ruta.

F I N